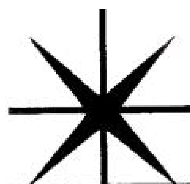


ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

PETER KAPRA

ENVIADO DEL COSMOS

PETER KAPRA

Enviado del cosmos

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Barcelona

Dr. Julián Alvarez, 151 Buenos Aires

Depósito Legal: B. 37.493 —1967

PRINTED IN SPAIN
IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor — Eduardo Tubau, 20 — Barcelona

Capítulo I

Nadie en la Base Experimental de Ouallene (Sahara) podía dar crédito a lo que se pudo presenciar el día 22 de mayo de 2219, a las diez en punto de la mañana.

Un hombre caminaba hacia las casamatas anti-radioactivas, procedente de la «Zona Roja».

Esto era tanto como ver abrirse la tierra, surgir de una columna de fuego, impregnándose el aire con olor a azufre, y ver aparecer a un demonio con rabo, cuernos, patas de cabra y un tridente. Quizá fuese más increíble aún, porque en la «Zona Roja» de Ouallene, una extensión de más de quinientos kilómetros de desierto altamente radioactivo no podía sobrevivir ni siquiera una larva.

Un observador meteorológico fue el primero en descubrir al individuo. Le enfocó por casualidad, observando aquella dilatada extensión a través de una pantalla telescópica, y sus ojos se agrandaron como si quisieran salírsele de las órbitas.

—¡Eh, Gal, mira esto! ¡Dime que veo visiones!

Su compañero de mediciones atmosféricas se volvió, abandonó su sillón y se acercó.

El observador estaba manipulando el ampliador y centrando la imagen.

—¿Has conectado de nuevo con Selene, Roger? — preguntó Gal, sonriendo.

—¡No! ¡Eso es la «Zona Roja»!

—¿Cómo?… ¡Es un hombre!

Roger hubo de examinar la posición de la pantalla telescópica, incapaz de creer en aquel espejismo cromático.

—¡No!… ¡No puede ser!… La posición debe de sufrir error. ¡Nadie puede vivir ahí un segundo! ¡Llama a control!

Zumbaron los visófonos y el aviso pasó a distintas dependencias de la Base. Más de cien personas pudieron ver entonces el

fenómeno. Y la duda se disipó en el acto.

—Control de radiación «Zeta». ¡Informe!

—Inspección personal. ¿Qué ocurre?

—¡Inaudito!

—¡Debe de ser un robot androide!

—¡Emergencia! ¡Patrullas de auxilio anti-radioactivo!

Fue un caos. Era lo más insólito que podía suceder dentro de aquellos muros de hormigón y plomo, como el más sólido refugio antiatómico de la Tierra.

Pero la verdad era incuestionable. Un hombre, caminando despacio, ligeramente encorvado, venía de la terrorífica zona de experiencias, donde la radioactividad alcanzaba coeficientes aniquiladores, y se dirigía a las instalaciones de la Base.

Y lo más curioso era que vestía un buzo gris, brillante, iba descubierto, mostrando una cabeza calva, pequeñas orejas, nariz algo aplastada, labios prietos y ojos entornados. Era un hombre, sin duda alguna, aunque a muchos de los que le observaron les pareció un autómata.

El general Udango, jefe de la Base, desde su amplio despacho subterráneo, y a través de una pantalla gigante, estaba viendo el «aparecido», y todo su cuerpo temblaba como la gelatina.

A su lado estaba el coronel Marwell, tan atónito como él.

—¿Quién es ese individuo? —preguntó Udango.

—Ha de ser un cadáver viviente. Una extraña vitalidad debe mantenerle en pie… ¡Pero todo él ha de ser una antorcha radioactiva, o dejo de llamarme Ely Marwell!

—¡Ahí va el «carro» de auxilio, Ely! — exclamó, de pronto, el general, señalando a un objeto, especie de oruga metálica y brillante, provista de tentáculos articulados, que había aparecido en la parte inferior de la pantalla, en dirección a donde caminaba el hombre objeto de la atención general.

El coronel Marwell se volvió a la mesa y pulsó un botón en el recuadro de intercomunicación.

—Seguridad —habló, tajante—, que Renny extreme las precauciones… ¡Y procure no dañar a ese individuo, por lo que más quiera!

—Renny está advertido. Se prepara el recinto infra-térmico para alojar al hombre.

—Bien. Corto… ¿Comunicaciones? Manténganos conectados en todo momento. No debemos perder de vista a ese sujeto. ¿Están grabando sus movimientos?

—Sí, coronel.

Ely Marwell abandonó la mesa y regresó junto a su superior. En la enorme pantalla podía verse el vehículo del servicio de auxilio acercándose al extraño sujeto procedente de la «Zona Roja». A menos de seis metros, la máquina se detuvo y dos de sus brazos articulados, provistos de pinzas en sus extremos, se extendieron.

El hombre no dejó de caminar, como un sonámbulo, hasta que fue apresado por las pinzas del «carro» de auxilio. Entonces aquel hombre se crispó, abriendo los ojos, a la vez que emitía un alarido que repercutió en todos los altavoces de la Base.

¡Y se pudo ver un destello escarlata en sus ojos!

* * *

—No es un ser humano, señorita Tonju—dijo el general Udango, pasando la diestra sobre los grabados de «fibrex» que tenía sobre la mesa—. Aquí tiene la prueba. Radiografías internas: esqueleto metálico, corazón artificial, pulmones con células de filtro, vísceras plásticas… ¡Es un remedo de hombre, una estúpida fabricación artificial de ser humano!

Telma Tonju, bellísima, de rostro natural y perfecto, ojos ligeramente oblicuos, piel tostada y cabellos de oro, con irisaciones cobrizas, examinaba los grabados con reconcentrado interés.

No aparentaba más de veinticinco años. Carecía del distintivo de mujer casada — ¡y por su cargo no podía serlo! — y vestía un «grol», negro, ajustado a su bello cuerpo, con el escudo blanco del Departamento de Gobierno, con una estrella roja en el centro, símbolo de la Seguridad Cívica.

Precisamente, el general Udango se había llevado una sorpresa, poco antes, al serle anunciada la visita de Telma Tonju. Ignoraba que en la Sección de Investigación de la Seguridad Cívica (K.K.I.S.) existiera algún inspector femenino. Y hasta, desconfiado, pidió comunicación urgente con el «Satélite Azul», para comprobar la identidad de su visitante. La respuesta inmediata que le dieron fue:

«Telma Tonju, inspector especial. Hija del vice-mariscal Tonju. Emblema Inviolable. Imagen adjunta.»

No cabía duda. Udango recibió, junto con la confirmación, un retrato en «fibrex» de la joven.

—Lo que me extraña de todo esto — habló Telma, repasando los grabados que tenía ante sí— es la ausencia de radioactividad en unos materiales venidos de la «Zona Roja»… ¡Todo lo que procede de allí ha de estar altamente contaminado!

—Debería estar. Las últimas pruebas efectuadas han saturado completamente la zona. Hace tres días hicimos estallar un «mega-selenio» que ha sacudido todo el continente y levantado una columna de cenizas hasta veinte kilómetros de altura. Ya debe estar usted informada.

—Sí… ¿Y cree posible que ese «roboide» haya podido surgir de la explosión?

Udango se quedó asombrado. Era la pregunta más necia que podía formulársele.

—La fisión «mega-selénica» destruye, no construye, señorita.

—He querido preguntar si el estallido ha sido causa directa o indirecta de teleportación, haciendo aparecer ese individuo en su núcleo de fisión.

Udango se quedó como quien oye sandeces.

—Perdón, no comprendo…

—Está bien. Disculpe, general Udango. Veo que sabe usted lo mismo que dicen los informes. ¿Puedo ver al hombre?

—Sí, ¡no faltaba más! — exclamó Udango, pulsando un conmutador.

En el muro, a la derecha del general, se descorrió una puerta de «guillotina». La sección triangular desapareció en la parte superior izquierda del marco, y el coronel Ely Marwell, ataviado con su «grol» gris perla y capa corta de militar, apareció en el recuadro, adelantándose y saludando con una inclinación de cabeza.

—Ely, por favor, acompañe a la señorita Tonju, del «K.K.I.S.», a la cámara infra-térmica número uno.

—Sí, general… ¡Señorita!

Telma se levantó y el asiento que la sostuvo desapareció en tierra, ajustándose al recuadro del que había salido. La placa brillante del piso se cerró, ocultándolo.

Telma era alta y bien proporcionada. Se abrochó al cuello la capa, girando el cierre de la cadena de oro y sonrió al general

Udango.

—Señor…

—A su servicio, señorita — replicó el general.

Ella inclinó la cabeza y giró sobre sus talones. Al hacerlo, la funda del arma insensibilizadora que llevaba al cinto osciló y emitió un destello azulado, por efecto de la luz indirecta que caía sobre la amplia mesa del general.

El coronel Marwell le indicó la salida, situándose unos pasos detrás de ella, para penetrar juntos en la cabina magnética, dentro de la cual, por conductos, sólo conocidos de los ingenieros de comunicaciones interiores, y en contados segundos, aparecieron en un amplio pasillo de hormigón metálico, donde no parecía existir puerta alguna.

Telma salió delante de Marwell, avanzando con paso elástico.

—Aquí, por favor — habló el coronel, de pronto.

La joven se detuvo. Una puerta se descorrió del muro, a su derecha, mostrando una especie de salita, con una puerta de seguridad al fondo. Encima de los cerrojos electrónicos había una mirilla rectangular.

Telma y Marwell entraron en la salita y ella miró por la mirilla, observando a través del «ojo angular» otra cámara, en el centro de la cual había una mesa y sobre ésta un cuerpo tendido e inmóvil. Dos hombres, con atuendos especiales y máscaras protectoras de vacío trabajaban, con pequeñas y curiosas máquinas, sobre el cuerpo del hombre, que estaba, en parte, cubierto por una sábana.

—Ése es el hombre «R-Cero». Le hemos bautizado así por la ausencia total de radioactividad que hay en él.

—Sí, lo sé — contestó Telma—. Entremos.

Ely Marwell hizo una seña con la mano, que una cámara oculta llevó hasta la sala de Comunicaciones de la Base. Allí un ingeniero presionó un conmutador rotulado con «I.T.l».

Y el mecanismo electrónico de la compuerta de seguridad se cerró, formando un complicado circuito, que no actuó hasta que la puerta del pasillo estuvo totalmente ajustada en su marco. Entonces se abrió lentamente la puerta metálica que daba acceso a la cámara.

Los dos hombres que estaban allí dentro se volvieron.

—Los profesores Karlsen y Parrish. La señorita Tonju, del «K.K.I.S.», señores.

Uno de aquellos hombres se despojó de la máscara que le cubría el rostro. Era un hombre joven, de aspecto simpático. El otro fue a dejar su extraña máquina sobre un anaquel, donde habían complicados instrumentos quirúrgicos.

—¿Han descubierto algo nuevo? — preguntó Telma, acercándose al extraño ser que yacía en la camilla y examinándolo de cerca.

—Definitivamente, no es un ser humano, aunque su aspecto sea humanoide. Es un hombre fabricado para simular ser de nuestra raza. Su organismo es puramente sintético, creado con materiales conocidos y desconocidos —habló el profesor Karlsen, que era quien se había despojado de la máscara.

Su compañero, que llevaba también la máscara en la mano y que resultó ser africano, se frotó la nariz y añadió:

—Pero lo más asombroso es su cerebro.

—¿Qué tiene de asombroso? —preguntó Telma al profesor Parrish.

—Es un cerebro normal… ¡Como el de cualquiera de nosotros!

—¡No! —exclamó Telma, atónita—. ¡Imposible! ¿No existirá un error?

—No. Puede que haya sido trasplantado. Eso no hemos podido precisarlo aún. Pero, excepto la capa sub-craneana protectora, de una fibra que no hemos podido analizar aún, la masa encefálica es semejante a la de un cerebro humano. Podemos mostrarles dentro de unos minutos las pruebas de los radio-sondeos.

—Asegúrense bien. Eso es muy importante —dijo Telma—. Que este ser posea un cerebro humano y un cuerpo artificial puede ser un factor de partida en la investigación que realiza mi sección.

»Deben redactar un informe completo, con análisis detenidos. Sean honestos y no teman especificar claramente los elementos que desconocen o no reaccionan a los análisis.

Karlsen frunció el ceño y repuso:

—No falsearíamos un informe por parecer más doctos, señorita Tonju.

—Háganse cargo de que el caso es grave. Nada más, señores. Gracias por todo. Coronel, cuando usted guste…

* * *

En el aeródromo subterráneo de Ouallene, a seis kilómetros al norte de la Base Experimental, Telma Tonju subió a su «auto-cohete», conectando la comunicación exterior en el momento de sentarse ante los mandos.

Maquinalmente, realizó todas las operaciones interiores de despegue y conectó el avisador de ruta. Ouallene-Punto Zenital X. Esto quería significar que, dondequiera que se encontrase en aquel momento el «Satélite Azul», sede del Gobierno Universal, un computador de vuelo dirigiría el «auto-cohete», sin que ella tuviese que molestarse en tomar los mandos. El magnetismo de «muy alta frecuencia» actuaría con seguridad absoluta.

Sólo tuvo que esperar a que se encendiera la luz verde. Entonces pulsó el botón de arranque y, sin la menor sacudida, el aparato enfiló el tubo, saliendo despedido al exterior, para encontrarse Telma volando rauda por el aire primero y, poco después, por el espacio exterior.

En la mente de Telma se estaba agitando un caótico mundo de posibilidades. Pensaba con toda la intensidad que sus estudios y conocimientos le permitían.

Estaba segura de que el comandante Luvnoff le había encargado el caso con el único propósito de hacerla fracasar. Ella era una arribista. Estaba allí por su padre y, durante un año, sólo se había encargado de trabajos estrictamente burocráticos, de clasificación y análisis de informes.

Hasta entonces, todo fue puro trámite. Una rutina de la investigación del K.K.I.S.

Sin embargo, de pronto, y en ausencia de su padre, que había emprendido viaje a Urano, el comandante Luvnoff le encargó el caso de «R-Cero».

Telma no podía negarse. Hubo de colocarse el casco transmisor de datos y asimilar todos los informes recibidos hasta el momento, para luego pedir permiso de investigación exterior, que le fue concedido en el acto.

Había visto la Base Experimental de Ouallene, habló con el general Udango y vio a «R-Cero». Seguirían más informes, nuevos datos, unos reveladores y otros no. Ella debía someter todo aquello a un clasificador electrónico y analizar las respuestas.

Pero, de antemano, sabía ya que la investigación habría de ser

difícil y que al final podría encontrar el fracaso.

Esta idea le aterraba. En la Sección de Investigación de Seguridad Cívica, como en cualquier dependencia del Departamento de Gobierno Universal, que comprendía la dirección de tres billones de seres humanos, con nueve millones de razas distintas, repartidas entre diez grandes planetas del Sistema Solar y más de cincuenta satélites, entre naturales y artificiales, existían rencillas, envidias, intrigas y vulgares «zancadillas». Siempre había sido así. Pertenecer al gobierno era un privilegio máximo.

Pero del mismo modo que una persona conseguía un puesto de categoría podía perderlo. Un fallo, error o fracaso, ¡sólo uno!, en una misión, era suficiente para destruir una brillante carrera. Y precisamente, en el K.K.I.S., por la complejidad y disparidad de asuntos a dilucidar, era donde mayores errores se cometían. Por eso, el personal de la sección estaba constantemente cambiando.

Telma había pensado muchas veces si su padre no la hizo entrar en el K.K.I.S. precisamente para hacerla fracasar en algo. Ella había estado insistiendo, desde que se graduó, para ingresar en la élite gubernamental, donde se percibían sueldos fabulosos.

Su padre se opuso durante dos años, pero, al fin, claudicó.

—¿Quieres ser independiente? ¡Está bien, hija! Ingresarás en ese mundo que, desde fuera, parece fascinarte tanto. Una vez dentro de él, formando parte del engranaje gubernamental, te darás cuenta de la inmensa responsabilidad que has contraído.

»Tú no necesitas trabajar. Yo puedo mantenerte mientras vivas. Y, si deseas contraer matrimonio, te será más fácil siendo una ciudadana cualquiera que una funcionaría.

Ella insistió en aspirar a un cargo y fue sometida a examen. Las razones que tuvo la máquina computadora especial para asignarle el puesto de inspectora del K.K.I.S. jamás se sabrían. Pero Telma Tonju ingresó en aquella «resbaladiza» y peligrosa sección.

Y allí estaba, con el caso más sensacional de todos los siglos.

¡Un hombre había surgido del centro de una zona altamente radio-activada, no era humano, tenía un cerebro humano, y partes de su extraña anatomía ni siquiera figuraban entre los elementos químicos naturales descubiertos hasta la fecha por la ciencia!

* * *

El vigía del super carguero «Colman», procedente del estado americano de Maine, con rumbo a Guinea Central, vio la espiral luminosa. Estaba mirando a las estrellas en aquel instante, bajo la cúpula del puente, y se quedó bizqueando.

En el siglo XXIII se podían ver muchas cosas en el cielo, excepto espirales luminosas que irradian destellos verdes.

Instintivamente, Archie Rey, el vigía nocturno, presionó el impresionador de imágenes. Lo hizo sin apenas darse cuenta, para contar con un mudo testigo de su fugaz visión.

Y fue fugaz, porque la espiral y el cuerpo luminoso que la producía, desaparecieron al entrar en contacto con el agua, a unas seis millas, *aproximadamente*, del veloz carguero flotante.

Apenas hubo desaparecido aquella insólita visión, cuando Archie Rey avisó a la cabina de navegación, por medio del visófono interior. Al iluminarse la pantalla cromática, matizada con una luz rojiza, el semblante soñoliento del oficial de vigilancia apareció en ella.

—¿Qué ocurre, Archie?

—He visto algo caer al mar a seis millas suroeste, señor Polack… Era un extraño objeto que dejaba tras sí una estela espiral de color verdoso. —Y ante la expresión de extrañeza del oficial de navegación, Archie Rey añadió—: He pulsado el impresionador fotográfico, señor Polack. Creo que he podido captar su caída al mar.

—Está bien, Archie. Subo inmediatamente. Examinaremos la diapositiva y, si encontramos algo interesante, avisaremos al capitán Haals.

Minutos después, por medio de un ascensor magnético, el teniente Polack estaba bajo la cúpula transparente del puente de navegación y vigilancia, efectuando una comprobación en el visor retroactivo del impresionador.

Inclinado sobre la máquina y accionando los mandos, de fácil manejo, Polack había de ver exactamente la misma imagen que viera poco antes el vigía.

Perplejo, Polack se incorporó, quedó pensativo y silencioso unos momentos y luego dijo:

—Llama al capitán, Archie. Yo cambiaré el rumbo… ¡Creo que se trata de un navío espacial caído al mar! ¡Tal vez sea necesario

prestar inmediata ayuda!

Archie Rey accionó el conmutador marcado como «Cpt». Al hacerlo estaba visiblemente nervioso y excitado. Su descubrimiento era importante.

¡No sabía muy bien lo importante que era!

Capítulo II

A 3.400 metros de altitud, en torno a la plataforma metálica situada en la cumbre de los montes Malditos, se hallaba instalado el observatorio radioastronómico más importante de la Tierra.

El Pico de Aneto servía de base y pilar a la antena principal, de mil metros de altura y sostenida por veintiocho tirantes de acero, gruesos como el muslo de una persona. Sobre la cima, formando un amplio círculo en torno al observatorio, estaban las gigantescas pantallas radiotelescópicas. Eran exactamente sesenta, y ocupaban, en conjunto, una superficie de cien mil metros cuadrados.

El edificio del observatorio era también metálico y protegido por corrientes magnéticas pararrayos.

Lo curioso del caso era que aquellas corrientes magnéticas recogían la electricidad atmosférica, que era mayor en los días invernales, durante las tormentas, y la acumulaban para usos científicos.

En el observatorio trabajaban escasas personas. Tres hombres, exactamente, y una mujer, que se cuidaba de la limpieza y de la cocina. En realidad, allí había poco qué hacer. Toda la labor se reducía a control, comprobación y conservación.

El observatorio era antiguo ya, pues contaba más de cien años. Y en un mundo en donde todo cambiaba constantemente, haciéndose viejo a los pocos años de su uso, tal complejo técnico apenas si tenía utilidad.

El jefe del observatorio era un astrónomo francés, llamado Huisser. Le ayudaban, por así decirlo, dos técnicos jóvenes, uno suizo, procedente del observatorio del Mont-Blanc, llamado Grand, y un español de treinta años, moreno, gran deportista y aficionado al esquí y a la caza, llamado Javier Orellano.

Con frecuencia, y gracias a la afición cinegética del ingeniero electrónico español, en el observatorio del Pico de Aneto se comía

carne fresca, que *madame* Debré guisaba con recetas antiguas. Era una vida plácida y solitaria la que llevaban aquellas cuatro personas allá arriba. Siempre había uno de vigilancia en la *chambre*, como llamaba Huisser al laboratorio radioastronómico, donde estaban instaladas las pantallas y controles.

Tenían también un salón, habitaciones de sobras, porque en otro tiempo hubieron allí más técnicos, y pasaban el tiempo leyendo, escuchando música o viendo documentales a través del proyector de «video record».

También se jugaba al ajedrez o se discutía de «games» (deportes).

De aquel modo, anónimo y aburrido, transcurría el tiempo. Cada día enviaban algunos informes, de pura rutina, y de aquel modo iban tirando, sin pena ni gloria, no esperando más que continuase la tranquilidad.

Huisser llevaba allí veinte años. El suizo Grund sólo tres, y Orellano era el más nuevo, porque llegó destinado al observatorio un año y medio antes, procedente de la Escuela de Electrónica de Madrid, donde no había destacado mucho.

Javier Orellano estudió electrónica, porque el examen psicotécnico realizado en la universidad había dado un coeficiente de capacidad regular. Al parecer, no servía para nada más. Era bastante distraído. Y donde únicamente se sentía a gusto era en la soledad de los montes, con un fusil de onda vibratoria, agazapado entre los riscos a la espera de ver surgir una «capra hispánica».

Era un buen deportista, sin duda. Esquiando aventajaba a su compañero Grund, con el que solía hacer competiciones en la vertiente. Pero la soledad encantaba a Javier, por ser un gran soñador.

A veces, ante las pantallas de altas frecuencias, situadas en la *chambre*, se entretenía captando las ondas cósmicas de mundos y estrellas situados a miles de años luz de distancia. Sabía que muchas de aquellas oscilaciones ultra magnéticas procedían de mundos que ya habían desaparecido siglos atrás.

Javier intentaba imaginarse cómo serían aquellos mundos, deleitándose en el estudio espectroscópico de la luz, a la que sometía a toda clase de filtraciones y análisis.

¡Mundos remotísimos, civilizaciones desconocidas, ciencias

ignotas, razas extrañas!

Sí, Javier Orellano era una especie de poeta en un mundo ultramoderno, donde no había lugar para la poesía ni el romanticismo. Pero en aquellas soledades de los Pirineos, sin molestar a sus compañeros, podía permitirse tal lujo: soñar no era un delito muy grave.

Un día, cuando ya las pantallas informativas se habían cansado de hablar del hombre anti radioactivo de Ouallene, acerca de cuyas noticias había estado pendiente siempre Aan Grund, Javier Orellano regresó con una pequeña cabra que había cazado en las inmediaciones del observatorio.

Marcel Huisser y Grund estaban hablando precisamente de «R-Cero» y Javier, ataviado con su saco térmico, cruzó el salón con su carga, en dirección a la cocina.

—Eh, Javier, ¿qué traes ahí?

—Una cabrita salvaje —contestó el español, sonriendo y echando el fusil sobre un asiento reclinable—. ¿Verdad que es linda? *Madame* nos la arreglará para mañana… Al homo, con cebolla y patatas, estará deliciosa.

—Javier es sorprendente, profesor —habló Aan Grund, con cierta despectiva ironía—. Ahí le tiene. El universo entero está alarmado por esa serie de fenómenos y él, ajeno a todo, se dedica a cazar cabras.

—¿Una serie de fenómenos? —preguntó Javier, sin mucho interés—. ¿Qué fenómenos?

—¿Lo ve, profesor? Ni siquiera escucha los boletines.

—Y ¿para qué? Perdonen un momento. En seguida vuelvo.

Se fue a la cocina, descendiendo un pasillo en declive, y como no vio a *madame* Debré, dejó su presa en el horno de congelación. El animal no estaba muerto, sino insensibilizado. Dentro del horno de congelación moriría. Su carne podía ser utilizada cuando les viniese en gana, al día siguiente o dentro de veinte años, daba igual.

—*Madame* —llamó Javier, asomándose a la puerta que daba a la cabina de limpieza.

Nadie le respondió.

—Debe de estar limpiando la *chambre* —se dijo Javier.

Así, despojándose del saco térmico y quedando en «grol» (aquella especie de maillot de pies a cabeza que era el atuendo

universal), regresó al salón, donde Marcel Huisser y Aan Grund estaban charlando.

—…La cabeza del tamaño doble del normal. ¿De veras, profesor? —estaba diciendo Grund—. Yo lo he visto en la pantalla. ¿No le parece eso un fenómeno?

—¿De qué hablan? — preguntó Javier, acercándose para sentarse luego junto a los otros.

—En un pueblo de Italia, un niño llamado Mahmud Scilli, ha contraído una curiosa enfermedad que está preocupando mucho a la ciencia —dijo Grund.

—Parece ser que a ese chiquillo le ha crecido enormemente la cabeza — añadió Marcel Huisser.

—¡Caramba! Y ¿a qué lo atribuyen? ¿A un exceso de estudios?

—No puede hablarse contigo, Javier — se molestó Grund—. No te tomas nada en serio. Con el hombre anti radioactivo te ocurrió lo mismo… ¿Acaso no te preocupan esas cosas?

—A decir verdad, no — contestó Javier, despreocupadamente—. Supongo que debe existir alguna explicación para todo. Y especialistas tiene la ciencia para averiguar lo que hay en todo eso.

—Los especialistas no logran averiguar nada — pareció machacar Grund, secamente.

—Ya lo conseguirán alguna vez. La humanidad tardó muchos siglos en descubrir los misterios del átomo. El cáncer fue un azote durante milenios y vean si su curación es sencilla ahora.

»Yo creo que cada caso requiere una especialidad. ¿Cómo quieres, amigo Aan, que me interese por cosas que no son de mi competencia?

—Ya, tu competencia es la caza. Cuando ya nadie caza en la Tierra, y si se quiere practicar la cinegética hay que ir a Venus, tú pasas horas y horas entre esos riscos helados, esperando que surja un infortunado animalito para insensibilizarlo.

»Eso, amigo Javier, es crueldad.

—¿Crueldad? — se sorprendió Javier.

—Exactamente.

—El hombre ha cazado desde los albores de la prehistoria.

—¡Porque tenía necesidad de alimentos para sobrevivir!

—Pues a ti te gusta más un filete de carne que una píldora de carne concentrada, no lo niegues.

—Podría pasar perfectamente sin tu caza.

—De acuerdo. La cabrita nos la comeremos el profesor y yo.

Sonriendo, Marcel Huisser intercedió, diciendo:

—Vamos, vamos, jóvenes. No hay que ponerse así. Javier se entretiene cazando, o haciendo ver que caza, porque pasa semanas enteras sin conseguir una pieza, y tú te entretienes ante la pantalla del televisor.

»La verdad es aquí tenemos muy poco qué hacer.

Y como si aquella declaración fuese el punto final de una época en Pico de Áneto, porque todo iba a cambiar súbitamente, *madame* Debré apareció en la puerta del ascensor magnético que conducía al laboratorio y, con voz un tanto excitada, dijo:

—Profesor, venga usted. Algo ocurre en la pantalla cósmica. Oscila mucho y muestra unas rayas muy raras.

Aunque encargada de la limpieza y la cocina, *madame* Debré llevaba allí los suficientes años para entender de radioastronomía tanto como Huisser.

Perplejo, pues, el profesor se levantó y fue hacia donde estaba *madame* Debré, diciendo:

—Ya me habrá usted tocado algún control con su aspirador.

—No, ¡le prometo que no! —protestó la mujer—. Venga, por favor.

Aan Grund y Javier Orellano también se levantaron, yendo detrás del profesor.

* * *

La *chambre* o laboratorio de observación era una sala circular, rodeada completamente de complicados aparatos, pantallas telescópicas de diferentes tamaños y usos, osciladores, amplificadores de imagen, sintonizadores de alcance ilimitado, etc., etc.

Para los tres hombres y la mujer encargados del observatorio radiotelescópico, todos aquellos aparatos eran altamente familiares. Lo que no resultara tan familiar era la imagen que aparecía en la pantalla central, llamada de oscilación cósmica, y en donde se podían apreciar ondas de radio procedentes de los más distantes rincones del cosmos, a donde las astronaves siderales del Gobierno Universal no llegarían jamás.

—¿Qué es esto? —preguntó Marcel Huisser, acercándose a la pantalla.

En el recuadro iluminado, de un metro de altura por uno y medio de anchura, se veían unas rayas verdes, continuas y oblicuas, que iban pasando lentamente de izquierda a derecha. De vez en cuando, empero, estas líneas parecían cortarse por el centro, y en su lugar aparecían una serie del flóculos luminosos, formando figuras que la geometría no había conocido nunca.

—¡Vaya! — exclamó Aan Grund—. ¿Qué clase de avería es ésta?

Por su parte, Javier empezó a comprobar los conmutadores. Con un aparato auxiliar, repasó los circuitos y computó unos datos en una hoja de «fibrex».

—¿Qué haces, Javier? — preguntó Huisser.

—Intento fijar la posición del origen de eso… ¡sea lo que sea!

¡Y, de pronto, todas las líneas de la pantalla desaparecieron!

—¿Eeeh? —exclamó Aan Grund—. ¡Ya se ha ido!

Javier frunció el ceño, contrariado. No había podido anotar todos los datos que aparecían en los relojes oscilantes, cuyas agujas se movieron ahora locamente, hasta recobrar sus posiciones normales.

—Esto es producto de una elevación de tensión — habló Aan Grund, con aire de suficiencia—. La electricidad nos ha jugado una broma.

—¿Cuándo observó usted esto? — preguntó Huisser a *madame* Debré.

—Fue de pronto. Estaba limpiando este tablero. Había polvo. Acerqué la boca del aspirador y, de pronto, vi oscilar la pantalla cósmica. Primero salieron esas rayas inclinadas y luego vi las figuras. Comprendí en el acto que se trataba de un mensaje cósmico.

Los tres hombres se echaron a reír al oír esto.

—¡Por Dios, *madame*! —exclamó Grund—. Nunca se ha recibido ningún mensaje cósmico. Eso es una tontería. Aquí, todo lo que podemos registrar es una tempestad sideral.

—En realidad —habló Javier Orellano, poniéndose serio—, este observatorio radioscópico fue construido hace ciento cinco años, precisamente para sondear el universo en busca de sonidos «vivos» del espacio. Si jamás se han captado no quiere decir que no existan

fuentes de energía suficientes como para enviarnos un mensaje.

—¿Quién? —preguntó Grund, con cierta ironía.

—Tal vez los miembros de alguna civilización ignota que viva en el cosmos. No somos los únicos. El sistema solar está habitado… Otros sistemas solares también están habitados.

—Eso suponemos. Pero las naves de sondeo enviadas al infinito no han vuelto; ni siquiera hemos recibido sus mensajes. Estamos aislados del resto del universo. Fuera de nuestro sistema, el sistema más próximo se encuentra a cuatro años luz, lo que es una cantidad respetable de años para llegar hasta allá a las velocidades actuales.

—No desenfoquemos la cuestión —atajó Javier—. Ahora se trata de una cuestión que nos atañe directamente. La pantalla ha mostrado una imagen nueva. Nuestro deber es averiguar las causas que la han producido y buscar el foco de origen.

—Eso me parece bastante sensato, Javier — aprobó Huisser—. Pero la imagen ha desaparecido y no nos ha dado tiempo de anotar las variantes… ¡Si se repitiera…!

* * *

Javier se encontraba solo aquella noche en la *chambra*. Por vez primera, en un año y medio que llevaba en el Pico de Aneto, se encontraba con un problema que era de absoluta competencia. Allí existía un misterio y debía desentrañarlo.

Había repasado meticulosamente todos los circuitos de la máquina, y llegado a la conclusión de que todo estaba en orden. En la placa de «fibrex» tenía datos de coordenadas zenitales, pero le faltaba de intensidad y frecuencia.

¡Si, al menos, se repitiera el fenómeno!

Era tarde ya. Llevaba casi doce horas trabajando sin descanso. Sus dos compañeros se habían retirado. Se tomó varias píldoras de café, con agua purificada y templada.

De pronto, se abrió la puerta y apareció Aan Grund.

—¿Todavía despierto, Javier? —preguntó el suizo, acercándose —. ¿Qué has averiguado?

—Poca cosa. Si se trata de un mensaje, procede de la constelación de Serpentario u Ophiuchus, cuya distancia hasta nosotros es de cinco mil años luz.

Aan Grund examinó las hojas de «fibrex» que Javier había

dejado sobre la mesa central.

—Estaba durmiendo y pensando en esto, Javier. Creo que he sido un poco injusto contigo durante estos últimos tiempos. Aquí no teníamos nada que hacer y cada uno se entretenía a su modo. Pero ahora que ha surgido algo que debe ser importante… Bueno, creo que si tú estás aquí, mi deber es ayudarte.

—Gracias, Aan —respondió Javier, emocionado—. Escucha, para empezar, deseo computar todos esos datos. Presiento que el fenómeno puede repetirse de nuevo. Lo tengo todo preparado para obtener una fotograbación de las rayas, desde el principio al fin. Tú podrías anotar el orden de los controles.

—De acuerdo —contestó el suizo, con entusiasmo—. Pongámonos al trabajo.

Apenas habían terminado de decir estas palabras, un zumbido apagado llenó la *chambre*. Y cuando miraron la pantalla cósmica, ¡pudieron ver que aparecían en ella las mismas rayas y dibujos que doce horas antes!

En esta ocasión, Javier no perdió el tiempo, conectando «ipso facto» la grabadora, mientras que su compañero saltaba hacia los controles, provisto de un registrador fijo y enfocaba las agujas y numeraciones de los relojes, para tomar diferentes instantáneas de las distintas posiciones adquiridas por las agujas indicadoras.

—¡Fantástico! — exclamó Javier, desde la grabadora situada ante la pantalla cósmica—. ¡Es exactamente igual que esta mañana!

—Sí…, exactamente igual —asintió Grund, trémulo—. ¿Qué puede significar?

—No lo sé… Pero ya tenemos la prueba. Aquí está grabado todo y, si es un mensaje ¡lo descifraremos!

En la pantalla, los extraños dibujos geométricos se sucedían ininterrumpidamente, apareciendo y desapareciendo los flóculos luminosos que los originaban. Luego, como la vez anterior, todo se apagó y los controles quedaron exactamente como antes de recibir la onda magnética cósmica.

—¡Cinco minutos exactamente, Aan! —exclamó Javier.

—¿Crees que debemos despertar al profesor?

—No. Todavía no. Debemos fijar antes estas imágenes. Tenemos datos suficientes para trabajar el resto de la noche. ¡Manos a la obra, Aan!

Con el entusiasmo de la juventud, los dos hombres se pusieron a revelar el trabajo, de grabación que habían efectuado. Allí, en película especial, ultrasensible, estaba filmado todo lo que habían recogido. Los clisés de Grund estaban claros. Segundo a segundo, había recogido las oscilaciones de los relojes de control.

Por su parte, Javier reveló también la grabación del supuesto mensaje, y cuando lo tuvo listo, por medio de una moderna proyectora, reprodujo en otra pantalla auxiliar, toda la serie de rayas y dibujos, deteniéndose especialmente en unas figuras singulares, que representaban círculos cortados, con cierta semejanza a estrellas.

—Indiscutiblemente —remarcó Javier, seguro de sí mismo—, esto es obra de seres inteligentes… ¡Ha de significar algo!

—Sí, sí, ¿qué?

—Eso puede que tardemos muchos años, siglos tal vez, en averiguarlo. ¡Pero apuesto el cuello a que se trata de un mensaje emitido hace billones de años!

Aan no contestó. Había taladrado una hoja de «fibrex», en la que anotó una serie de datos, de los obtenidos en los relojes de control. Y tendió, con mano trémula, la hoja a su compañero.

—Mira esto. La computadora no está de acuerdo contigo —dijo, apenas sin voz.

—¿Qué?

—Según estos datos, es indiscutible que el mensaje ha llegado hasta nosotros de forma instantánea — terminó diciendo Aan Grund, como si no pudiera creer ni en sus propias palabras.

—¡Imposible! La luz viaja a trescientos mil kilómetros por segundo.

—Es que… mucho me temo que el mensaje no ha llegado a nosotros a través de la luz, Javier. Algún fenómeno desconocido lo ha hecho aparecer en la pantalla cósmica… ¡Lo ocurrido es mucho más importante de lo que parece a simple vista!

Javier Orellano no respondió. Él había intuido ya aquella posibilidad. Ahora, el cálculo electrónico le daba la respuesta concreta: a través del espacio infinito, desde billones y billones de kilómetros de distancia, habían recibido un mensaje indescifrable que se había transmitido y recibido en el mismo instante.

—Debemos avisar a la Sección Científica… ¡Ahora mismo! —

dijo Javier.

Capítulo III

El jefe del K.K.I.S., comandante Luvnoff, miró a Telma fijamente durante unos segundos que a ella parecieron siglos. Luego, lentamente, arrastrando las palabras, declaró:

—Si no soluciona usted ese caso, señorita Tonju, deberá presentar su dimisión la semana próxima. Tiene usted, pues, siete días, para explicar satisfactoriamente al Departamento de Gobierno quién es «R-Cero», de dónde ha venido y cuál es su objetivo.

Telma se mordió los labios.

Se encontraban ambos en el despacho de Luvnoff, el hombre que se complacía en mostrar solo su rostro a sus visitantes, sumergido en la oscuridad total e iluminado su rostro por una luz que nadie sabía de dónde procedía.

Alguien había dicho que Luvnoff no se encontraba nunca presente en una entrevista. Simplemente su rostro era transmitido por un foco de luz tridimensional. Sin embargo, Luvnoff no era un fantasma, ni mucho menos, aunque nadie hubiese visto su cuerpo.

En una sala oscura, con un «grol» negro sin distintivo, Luvnofff sólo mostraba su rostro.

En cambio, Telma, iluminada por otro foco situado en ángulo diferente, mostraba toda su esbelta figura. No llevaba capa ni iba armada. En presencia de Luvnoff no se podía llevar ninguna clase de arma.

—He escuchado su informe, señorita Tonju — continuó diciendo el jefe del K.K.I.S.—. Y es la teoría más incompleta e inexacta que puede hacerse de un caso policíaco.

—Está basado en los datos que hemos podido reunir. Además de los profesores Karlsen y Parrish, envié a Ouallene a otros científicos. Y todos coinciden en lo mismo: ¡ese individuo procede de un mundo tan distante que ni siquiera conocemos cuál es!

—¿Cuál es su misión entre nosotros?

—Lo ignoramos. Todo indica que no trae misión alguna.

—¡Pero si tiene un cerebro humano! ¿Qué se ha extraído de él?

—Nada, en concreto. Los encefaloscopios demuestran que se trata de un cerebro de niño. Está lleno de incongruencias inexplicables… Yo diría que se trata del cerebro de un retrasado mental. Deseos, caprichos, vehemencias, juegos extraños e incomprensibles…

Luvnoff frunció el ceño. Preguntó:

—¿Puede existir alguna relación con el niño megacéfalo de Lodigiano?

Telma se encogió de hombros y respondió:

—San Just se encuentra en el mismo problema que yo. Su investigación no avanza.

—¡Ni tampoco avanza la de Klermatt! — rezongó Luvnoff—. Pero en el Departamento de Gobierno quieren explicaciones. Dicen que somos incompetentes.

—¿Tal vez ellos serían capaces de averiguar más que nosotros?

—Usted no entiende nada de política, señorita Tonju —replicó el jefe, malhumorado—. No es el empleo de usted el que peligra, sino también el mío. Y piense que yo dirijo la sección… ¡K.K.I.S. no puede fracasar! ¡Jamás lo ha hecho!

»Haga usted algo. Reúnase con Sant Just, con Klermatt, con quien quiera. Indaguen juntos o separados, cambien sus respectivos informes, pero busquen una explicación lógica a todo eso o… serán ustedes retirados de sus cargos.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—Nada más. Puede retirarse… Y recuerde que tiene una semana para solucionar el caso.

—Sí, señor.

Dicho esto, Telma dio media vuelta y desapareció en la oscuridad, penetrando en la cabina que había de transportarla a su propia oficina, donde existían unas extrañas máquinas capaces de pensar, coordinar y estudiar los problemas más complicados.

Sobre una mesa habían distintos aparatos, desde un interfonovisor hasta un grabador sonimágico ultrasensible. Telma, al entrar en su despacho, presionó un botón del interfonovisor. El rostro inteligente de un hombre de color apareció en la pantalla.

—Por favor, Klermatt, el jefe me ha dicho que hable con usted.

—¿Respecto a mi caso?

—Sí. ¿Puede venir a mi despacho?

—Voy inmediatamente —respondió Klermatt.

Telma presionó otro botón y la imagen desapareció,

para ser sustituida inmediatamente por un hombre de rostro angular, cejas pobladas y ojos penetrantes, casi saltones.

—¡Oh, señorita Tonju, qué sorpresa!

—¿Cómo está usted, San Just? ¿Puede venir a mi despacho para una conferencia tripartita?

—¿Para tratar de qué asunto?

—Luvnoff pretende que aunemos esfuerzos.

—Será un placer trabajar con tan preciosa dama. Inmediatamente estoy con usted.

Primero se descorrió una puerta y salió Klermatt, quien vestía el mismo «grol» que Telma, con el escudo y el distintivo de inspector del K.K.I.S. Casi al momento, apareció San Just. Los dos hombres eran distintos. Uno de raza negra; el otro, blanco. Pero ambos eran inteligentísimos, según habían demostrado en numerosas ocasiones, pues ambos llevaban bastantes años en la sección.

Con un botón, presionado en el tablero de su mesa, Telma ofreció dos cómodos asientos a sus visitantes, que aceptaron píldoras tónicas que les ofreció Telma de una cajita amarilla.

—Bien —empezó diciendo la joven—, parece ser que los tres nos encontramos en sendos callejones sin salida. ¿No es así?

—Así es, efectivamente —admitió Klermatt—. Y, como ya he sido advertido, estoy preparando mi dimisión… ¡No sé lo que llevo entre manos! Un vigía ve caer un objeto del cielo, toma una grabación de ello, de lo que resulta ser un objeto inidentificable, especie de meteoro erizado de aletas, y cuando lo buscamos en el fondo del Atlántico, nadie lo encuentra. Curioso, ¿eh?

—Peor me ocurre a mí — objetó San Just—. Tengo el objeto: un niño al que empieza a crecerle el cráneo de modo alarmante. El niño era una especie de pequeño imbécil y ahora tiene una cabeza doble que la de un adulto. Pero se nos ha dormido y no hay modo de despertarle. Ahí están más de cien hombres de ciencia trabajando con él, sometiéndole a toda clase de pruebas y no logran averiguar nada.

—Pues de eso quería hablarles, precisamente — dijo Telma—.

Luvnoff piensa, y yo comparto su opinión, que tal vez esos tres casos estén relacionados entre sí.

—¿Y por qué habían de estarlo? — preguntó Klermatt.

—Sencillamente —dijo Telma—, porque ninguno de los tres parece tener solución. Los fenómenos naturales obedecen a un principio que la ciencia no descubre. Pero cuando se averigua la razón o causa que los origina, dejan de ser fenómenos.

»Como nosotros, pese a nuestros esfuerzos, no logramos averiguar la causa o razón del fenómeno, ¿por qué no pensar que tengan relación entre sí?

Los dos hombres se quedaron pensando.

—Yo tengo una idea —continuó diciendo Telma—. Respectivamente, podemos intercambiar nuestros conocimientos. Ustedes se sientan en mi «reflector» y yo me siento en los suyos. Nos enteramos bien de los tres casos y luego nos volvemos a reunir.

—Permítame puntualizar que, desde hace unos días, existe en la sección un nuevo problema de compleja y extraordinaria explicación. Me refiero al mensaje cósmico del observatorio pirenaico… Es Hans Schultz quien se encarga del caso.

—¿Dónde está Schultz?

—En el Pico de Aneto, con los radioastrónomos.

—¿Y no ha averiguado nada?

—Nada que yo sepa. Me encontré anoche con Schultz en la sala de recreo y me dijo que estaba muy preocupado. Me mostró unos dibujos y me preguntó si yo podía indicarle su significado. Creo que le ha mostrado esos dibujos a más de cien personas distintas, especializadas en todas las ramas del saber, y nadie le ha dado una respuesta.

—Bien, cuando vuelva Schultz me gustaría verle. Mientras, nosotros podemos estudiar nuestros respectivos casos.

—Creo que no conseguiremos otra cosa que complicarnos la mente, aturdimos más de lo que ya estamos y fracasar de todos modos —se lamentó San Just.

—Tenemos siete días, al menos yo, para presentar la dimisión. Antes de apurar el tiempo, quiero intentarlo todo —declaró Telma, solemnemente—. Y necesito que me ayuden.

—Por mí que no quede.

—Ni por mí tampoco.

—Pues no perdamos tiempo. Yo iré a su despacho, Klermatt. Luego pasaré al de usted, San Just. A su vez, utilicen mi casco y los datos de mi caso.

* * *

Hans Schultz era un hombre alto, rubio, atlético y bien parecido. Vestía su «grol» negro y su emblema inviolable con toda naturalidad, gracias a su constitución deportiva.

Era un hombre abierto, sagaz, inteligente y penetrante. Desde el momento en que tomó tierra con su «auto-cohete» en las cercanías del observatorio radiotelescópico del Pico de Aneto y conoció a las cuatro personas que allí trabajaban, fue Javier Orellano quien más intimó con él.

A Schultz le gustaba la carne de «cabra hispánica» y los guisos de *madame* Debré. Lo que no le gustó ni poco ni mucho fue la filmación que le dejaron ver en el laboratorio, del supuesto mensaje cósmico.

Y, precisamente, después de haber sacado copias y enviándolas a distintos centros criptográficos, tanto de la Tierra como de los Planetas, Schultz habló con los tres astrónomos en la sala de recreo.

—Habremos de comprobar esas mediciones, señores. Creo en todo cuanto me han dicho, pero haré venir expertos para que lo confirmen. Hay algunos puntos que me desconciertan.

—Ya nosotros también —asintió Javier Orellano—. No puedo concebir que ese mensaje, que se repite cada doce horas exactamente, se transmita simultáneamente desde Serpentario hasta aquí… ¡Y lo recojamos nosotros, precisamente, y no otros laboratorios!

—La simultaneidad es lo que no comprendo. La distancia entre Serpentario y nosotros es fabulosa. ¿Qué energía se necesita para transmitir ese mensaje de modo instantáneo? ¿No hay error respecto a eso?

—No, no lo hay, inspector — respondió el profesor Huisser—. Tanto yo como Grund y Orellano hemos efectuado la medición por métodos distintos… Y yo lo he hecho precisamente durante una transmisión, mientras el mensaje estaba en la pantalla. Procede de algún mundo situado en el centro mismo del paralelógramo invertido que es Serpentario en el hemisferio celeste.

—Debe de tratarse, sin duda, de una civilización actual —apuntó Schultz.

—Seguramente — aseveró Javier, muy grave.

—Nos vamos a ver en terrible dificultad para traducir ese mensaje. Esos seres han empleado unos signos propios o convencionales, cuyo significado nos resulta incomprensible.

—Un momento, inspector — intervino Grund—. Es de suponer que los seres que envían el mensaje son inteligentes y poseen una técnica ultramagnética que nosotros desconocemos. Eso indica que se trata de una raza superior a la nuestra.

—Es obvio —admitió Schultz.

—Por tal razón, comprenderán que esa serie de dibujos incomprensibles para nosotros, no nos bastarán para interpretarlos correctamente.

—No le entiendo bien. ¿Qué quiere usted decir, señor Grund?

—Que debe de existir una clave, medio o conducto, ajeno al propio mensaje, para poder descifrarlo.

—Yo estoy de acuerdo con Aan —corroboró Javier.

—¿Otro fenómeno? — inquirió Schultz.

—Sí, otro fenómeno inexplicable —dijo Grund—, que podía ser el hombre «R-Cero», el objeto desaparecido en el Atlántico que desprendía luz espiral o cualquier otra cosa incomprensible.

»Javier y yo hemos intentado relacionar un fenómeno con otro, sin conseguir nada. Pero ustedes, en el K.K.I.S. deben tener medios informativos más completos.

—Naturalmente que los tenemos. Nuestros informes se basan en los informes técnicos de nuestros asesores. Sin embargo, no veo qué relación puede existir entre esos casos u otros de índole extraña que tenemos archivados o en estudio.

»Desde luego, es una idea digna de tener en cuenta. Y consultaré con mis colegas al respecto.

»Ahora, lo que podemos hacer es examinar una vez más esas figuras y las rayas que las preceden.

—Las tenemos aquí —dijo Javier, levantándose y tomando una serie de láminas de «fibrex» que había sobre un anaquel—. Están enumeradas y son correlativas. Algunas de ellas están repetidas varias veces, lo que nos hizo pensar que pudieran ser letras de un abecedario.

Javier entregó a Schultz las láminas que eran una copia fotográfica de las imágenes captadas en la pantalla cósmica y juntos las estuvieron repasando, comparándolas unas con otras.

Marcel Huisser también se unió a ellos, mientras que Grund continuaba sentado y pensativo.

—Esta figura está repetida exactamente seis veces — dijo Javier, señalando una lámina en la que el extraño dibujo captado por la cámara resultaba más familiar que los otros—. Esta otra se repite cuatro veces. Hay varias diferentes por completo, y dos repetidas dos veces.

—El departamento criptográfico universal me ha dicho que estos signos no corresponden a ninguno de los guarismos conocidos de todos los lenguajes antiguos o modernos — declaró Schultz—. Y, sin embargo, esto parece un lenguaje escrito.

—Yo estoy seguro de que lo es —afirmó Javier, secamente.

Schultz estuvo con ellos más de seis horas. Luego, devolviendo las láminas, puesto que ya disponía de suficientes copias en su despacho del «Satélite Azul», se despidió.

Javier le acompañó al exterior, hasta donde tenía su «auto-cohete».

—Deben de estar muy aburridos en esta soledad — comentó Schultz.

—No lo crea. Hay muchos motivos de entretenimiento. La información televisiva es una, practicamos deportes, incluso puedo cazar.

—Si alguna vez abandono el K.K.I.S. me gustaría vivir en un lugar como este… El paisaje es maravilloso e impresionante. Bueno, Orellano, gracias por todo. Espero volverles a ver pronto.

—Cuando guste, inspector.

Se saludaron con la cabeza y Schultz subió a su auto-cohete. Un instante después, sin ruido alguno, el aparato despegaba lentamente, ganando altura y efectuando un círculo, para luego perderse en el espacio infinito.

Con nostalgia, Javier se quedó mirando el cielo en donde había desaparecido el cohete electromagnético. Su mente, soñadora siempre, también voló al espacio infinito, buscando un punto en donde podía estar el origen del misterio que tanto les preocupaba.

* * *

—¡Es el mismo dibujo hecho por Mahmud Scilli! — exclamó Telma, poniéndose en pie de un salto, para pulsar un botón de la mesa y llamó al despacho de San Just—. ¡Oiga, San Just, venga inmediatamente a verme y traiga los dibujos que hizo Mahmud Scilli antes de caer en estado de postración! ¡Hans Schultz me ha mostrado algo exactamente idéntico!

Hans Schultz estaba delante de Telma. La emoción de ella se le había transmitido a él también. Aquello era un auténtico descubrimiento.

—¿Cómo sabe usted que es el mismo? — preguntó Schultz.

—Porque he estudiado todos los datos de San Just, buscando una relación entre todos esos fenómenos…

Una llamada en el fonovisor hizo que Telma se interrumpiera y pulsara un botón, iluminándose acto seguido la pantalla a color. Un rostro moreno, conocido, apareció en ella.

—¡Oh, general Udango! —exclamó Telma—. ¿A qué se debe su llamada?

—Hemos descubierto algo sorprendente, en la «Zona Roja», señorita Tonju.

—¿Otro «R-Cero»?

—No. Algo tanto o más sorprendente. Se trata de una especie de roca metálica que se mueve en círculos sobre el suelo, provista de aletas, como un curioso erizo. Le envío una imagen indirecta de mi pantalla telescópica para que vea de lo que se trata. El coronel Ely Marwell afirma que debe de tener una relación con el «R-Cero».

—Sí, por favor. Conécteme — suplicó Telma, intuyendo que un importante descubrimiento se había realizado.

También Schultz se había puesto en pie y se había acercado a la pantalla del fonovisor, a la vez que se descorría una puerta y aparecía el inspector San Just, con una especie de archivo en la mano.

—Vea esto, San Just —rogó Telma, que había palidecido ante la pantalla visora, al ver la nítida y. perfecta imagen del objeto que le era transmitido desde Quallene, en el Sahara—. ¡El objeto desaparecido en el Océano Atlántico y que el vigía del «Colman» logró captar en la grabadora!

—¡Exactamente! —exclamó San Just—. Esto puede significar

que el caso que usted investiga y el de Klermatt están relacionados…

—¿Qué le parece? —preguntó de nuevo el general Udango, cuyo rostro moreno sustituyó en el pantalla al singular objeto que se movía sobre la zona radioactiva del desierto.

—Fantástico, general. Iré inmediatamente hacia allá. Gracias por todo.

—¿Qué hacemos con eso?

—Nada. No intenten acercarse a ello. Vigílenlo a distancia y no le pierdan de vista ni un momento. Ya le informaré.

—Perfectamente.

Telma cortó la imagen y miró a San Just, excitada.

—Por favor, San Just, muestre a Schultz el dibujo del niño de Lodigiano.

Del singular archivo que traía, San Just sacó una hoja de «fibrex» donde se veían una serie de garabatos mal trazados. Era una copia del original. Pero al verla, Schultz exclamó:

—¡Es idéntico a esto! —exclamó, mostrando también la lámina que había dejado sobre la mesa—.

¡No cabe la menor duda! ¡Ese niño está relacionado de algún modo con el mensaje recibido en el Pico de Aneto!

—¡Y la espiral luminosa de Klermatt está relacionada con Ouallene, donde apareció mi hombre «R- Cero»! —exclamó Telma, llena de júbilo—. Es lo mejor que podía ocurrirnos, porque, de los cuatro, podemos salvarnos dos.

—¿Cree usted que Luvnoff unificará los casos? — preguntó Schultz.

—Tiene que hacerlo. Dos inspectores no pueden encargarse de un mismo asunto. Se podría recurrir fácilmente a la incompatibilidad profesional. Dos de nosotros, desde luego, hemos de quedar descartados. Ustedes dos no tienen más remedio que ceder su información al otro.

—¿Schultz a mí o yo a él? —preguntó San Just.

—Eso lo decidirá Luvnoff. Pero el reglamento es tajante.

—Puede ocurrir que Luvnoff no considere esto suficiente prueba y disponga que continuemos cada uno en nuestro caso.

—No lo hará —replicó Telma—. Voy a llamar a Klermatt. Él y yo hemos de correr la misma suerte que ustedes.

Ante las pruebas obtenidas, y más que se obtuvieron después en posteriores investigaciones, el comandante Luvnoff no tuvo más remedio que aceptar los hechos y ordenar la supresión de dos inspectores.

—Hans Schultz y Telma Tonju continuaron investigando. San Just y Klermatt pasarán a reserva.

Lo que significaba que San Just y Klermatt se habían salvado, mientras que Schultz y Telma continuaban corriendo peligro de ser expulsados del K.K.I.S.

Lo único que ganaron fue una prórroga más amplia antes de tener que presentar la dimisión. Y esto ya era una esperanza. Podía surgir algún dato más otra pista…

Capítulo IV

Telma Tonju y Hans Schultz llegaron juntos a la Montaña Maldita, en donde se encontraba el solitario observatorio radioastronómico de Pico de Aneto. Al descender del «auto-cohete», posándose en tierra, los cuatro moradores del lugar salieron a recibirles.

Estaba el suelo nevado y Javier Orellano, provisto de esquíes, llegó primero junto a los visitantes, llevándoles raquetas de nieve.

—Éste es el ingeniero Orellano, señorita Tonju — dijo Schultz, haciendo las presentaciones.

Telma examinó a Javier de pies a cabeza, con sumo interés, y sonrió.

—Mucho gusto en conocerla —respondió Javier, descolgándose de la espalda las raquetas—. Será mejor que se ponga esto… Permítame que la ayude, señorita Tonju.

—Gracias.

Javier se arrodilló a los pies de Telma y le sujetó las bridas de las raquetas. Schultz no necesitó ayuda. Luego, emprendieron la marcha hacia el observatorio, situado a unos veinte metros. Aan Grund les salió al encuentro, también provisto de esquíes.

—Es fabuloso todo esto. ¡Y no se hielan las pantallas hiperparabólicas? —preguntó Telma, con curiosidad.

—No —respondió Javier, satisfecho de poder informar a tan ilustre visitante—. Poseen corrientes termostáticas que mantienen las antenas a una temperatura normal de veinte grados.

—Pues debería hacer calor aquí, con tantas pantallas… ¡Formidable antena la horizontal!

Llegaron al pórtico del edificio, donde el profesor Huisser y *madame* Debré saludaron a los visitantes. Telma comentó:

—Un gran cambio de temperatura este. Hace media hora estábamos en el Sahara, a cuarenta grados sobre cero y ahora…

—Aquí, en el exterior, estamos a diez grados bajo cero —dijo Huisser—. Es mejor que entren pronto. No se le puede pedir excesiva calidad a un «grol».

Entraron todos, trasladándose a la sala de reposo, donde *madame* Debré sirvió un delicioso vino caliente que acompañó con canapés naturales, de pasta de carne.

Telma, examinando el lugar y hablando distraída con unos y otros, no se había dado cuenta del interés que Javier Orellano y Aan Grund sentían por ella. Pero al volverse, después de examinar una colección de películas, se sorprendió al ver la mirada de Javier.

—¿Por qué me mira usted así? —preguntó, algo molesta.

—Aquí no vienen nunca mujeres —dijo Javier, sin reparo—. Y usted es muy bonita.

—Soy una funcionaría pública — respondió Telma, altivamente.

—Disculpe a Javier —intervino Aan Grund, respetuoso—. Lleva en la sangre el carácter impulsivo de sus antepasados.

Sin embargo, a Telma le había agradado el cumplido. Y sonrió, diciendo:

—Disculpado. Perdonen, pero hemos venido aquí a trabajar. Estoy informada de todo. El inspector Schultz y yo nos encargamos del caso. He venido para ver la pantalla cósmica, donde se recibió el mensaje.

—Tenemos el laboratorio arriba —se apresuró a decir Javier—. Venga. La acompañaré.

—No hay prisa —rehusó Telma, sonriendo de nuevo.

—¿Han averiguado algo nuevo? —preguntó, a su vez, el profesor Huisser, entregando una copa a Schultz.

—Sí, algunas cosas significativas e importantes — respondió Schultz tomando la copa y sentándose en un asiento reclinable—. El mensaje recibido por ustedes tienen relación con el niño Mahmud Scilli.

—¿Y cómo puede ser eso? —inquirió Javier, interesado.

—Ese niño se encontraba en la escuela de Lodigiano cuando se sintió indispuesto. La profesora le llevó inmediatamente a su casa, en donde cayó en estado inconsciente. A los pocos días se le apreció un singular desarrollo craneano… ¡Y la piel del cuello y la cara se le volvió azulada!

»Ante estos hechos inexplicables, que la información universal

ha divulgado, intervino el inspector San Just y efectuó una investigación a fondo. Resultó, entonces, que minutos antes de caer enfermo, Mahmud Scilli había estado distraído, trazando unos garabatos sobre un papel.

»Pues bien, uno de los dibujos que hizo, sin parecido alguno con nada relacionado con nuestra geometría, ¡es exactamente igual que uno de los signos del mensaje captado aquí por ustedes!

—Pero no es eso todo — intervino Telma, con cierto desaliento —. Resulta, también, que un supercarguero intercontinental descubrió una noche un objeto luminoso que descendía del firmamento. Logró obtener una grabación «video» del objeto… ¡Y ese curioso aparato o lo que sea, ha aparecido ahora en la zona radiactiva de la Base Experimental de Ouallene, en Sahara, mientras que cientos de escafandristas lo estaban buscando en el fondo del Atlántico, en torno al lugar que cayó!

»Como saben, hace una semana, de la «Zona Roja» de la Base Experimental Atómica de Ouallene, salió un hombre cuyas características corresponden a las de un ser procedente de otro mundo, ¡pero con cerebro infantil y humano!

»Pues bien, creemos que el cerebro del hombre «R-Cero» pertenece al niño de Lodigiano, quien, por un fenómeno que no comprendemos, debe tener en su cráneo el cerebro del hombre «R-Cero».

»Pero no es eso todo — siguió diciendo Telma Tonju—. Hemos examinado, hoy mismo, la máquina del espacio, que es como una gran roca irregular, deforme, que irradia luz verde y está provista de ciento ochenta y dos aletas móviles, exteriores, sobre las que se mueve sobre el terreno, y hemos descubierto también una placa de un metal desconocido, que parece soldado al cuerpo principal, ¡y allí hay unos grabados con signos que están relacionados con el mensaje aquí recibido!

Todos, excepto Hans Schultz escuchaban con sumo interés. Fue Aan Grund quien dijo:

—Entonces, ¿todos estos fenómenos están relacionados entre sí?

—Exactamente. Hasta el hombre «R-Cero» —respondió Telma, con aire de fatiga—. Desde el primer día se supo que ese individuo era de fabricación artificial. No era un androide ni un roboide, sino una burda copia de un ser humano. Incluso su esqueleto es

metálico.

»Pues bien. En recientes exámenes con rayos X, se han descubierto unos puntitos en todas las piezas que forman su esqueleto. Al principio nadie cayó en esos puntitos insignificantes. Pero convenientemente fotografiados y ampliados a grandes proporciones, se han visto guarismos análogos a los del mensaje captado por ustedes y a los dibujos del niño de Lodigiano.

—Nos encontramos, pues, en dos casos estrechamente vinculados entre sí —añadió Schultz, tal vez con intención.

Y Telma captó inmediatamente la intención de su colega, puesto que se apresuró a decir:

—Cierto, Schultz. Me alegro de que te hayas dado cuenta. Un solo caso y dos inspectores. ¿A quién dejará Luvnoff ahora?

Schultz se encogió de hombros.

—Si estuviese en mi mano, puedes estar segura de que continuaría en el caso. Cada vez es más apasionante.

—¡Y más incomprensible! —añadió ella.

—Cierto. Pero vamos atando cabos. Lo malo es que siempre terminamos ante lo mismo. El hombre «R-Cero» sigue postrado, sin moverse. La cuerda que tenía fue suficiente para salir de la «Zona Roja» de Ouallene. Y allí está.

»El niño de Lodigiano continúa sin recobrarse. El mensaje no podemos descifrarlo y esa roca verde, con paletas, no sabemos lo que es, ni hay quien se acerque a ella.

—¿Por qué? —preguntó Javier Orellano—. ¿Qué tiene ese objeto para que nadie pueda acercarse a ello? ¿Cómo han podido ver la placa de que han hablado?

—Con objetos de distancia. El objeto, omití decirlo, despide una gran cantidad de radiaciones de un tipo desconocido. Se ha comprobado que son nocivas, al acercársele una oruga mecánica protegida, con conejos de indias. Todos los animalitos han muerto.

»También, se ha intentado detener la marcha siempre en círculo, cada vez más pequeños, por medio de un tanque teleguiado. Pero el curioso objeto ha roto los tentáculos del tanque, con sus pequeñas palas, y ha continuado su marcha.

—¡Curioso aparato! — exclamó el profesor Huisser—. ¿Por qué no se intenta destruirlo?

—No —dijo Telma, secamente—. Ese objeto tiene una finalidad,

cualquiera que sea. Sospechamos que llegará a detenerse en algún momento. Entonces puede que se apague su luz, o que se abra, o haga algo distinto a lo que hace ahora.

»Acercársele es una temeridad. Nos hemos podido dar cuenta de ello.

»Ahora, lo que necesitamos es descifrar el mensaje. Eso sospechamos que ha sido enviado para nosotros, los humanos. Y tiene que haber un modo de averiguar su significado.

Ninguno de los presentes respondió.

—¿Se siguen produciendo en la pantalla esos dibujos cada doce horas? —preguntó Schultz, al cabo de unos instantes.

—Invariablemente — contestó Huisser—. Aparecen con una regularidad matemática.

—¿Puedo verlos? — preguntó Telma.

—Sí, venga usted conmigo —exclamó Javier, levantándose con prontitud.

* * *

Huisser tenía un reloj electrónico en la mano e iba contando mentalmente los segundos. De pronto, dijo:

—Dentro de cinco segundos aparecerán las rayas, señorita Tonju.

Todos los reunidos en el laboratorio abrieron los ojos para mirar fijamente hacia la vacía y limpia pantalla cósmica. Y, efectivamente, cinco segundos después, se iluminó la pantalla iónica y empezaron a surgir las singulares rayas y los dibujos floculares, que eran, invariablemente, los mismos que se venían repitiendo durante días.

Telma contuvo el aliento viendo aquellos dibujos que ya le resultaban familiares. Durante cinco minutos, la pantalla estuvo fluctuando con el supuesto mensaje, hasta que concluyó y volvió a quedarse oscura, como antes.

—Hasta dentro de doce horas —dijo Aan Grund, resignadamente —. Y así llevamos ya bastantes días. ¿Qué significa esto? ¡Vayan ustedes a saber! Yo, por mucho que me he devanado el seso, no he podido averiguar nada.

—¿Por qué no prueban a juntar el niño de Lodigiano y el hombre «R-Cero» en una misma cámara? — preguntó Javier.

—Ya habíamos pensado en eso —contestó Telma—. También nos proponemos trasladar a «R-Cero» otro lugar, a fin de observar la reacción de la roca verde erizada de paletas. Sospecho que si ese objeto cayó en el Atlántico y fue hasta Ouallene, para reunirse con «R-Cero», si nos llevamos a éste, la máquina o lo que sea, le seguirá.

»Eso, naturalmente, resulta un peligro porque la radiación que despide la roca puede dejar una franja nociva en su trayecto.

»Pero no podemos hacer nada hasta no haber consultado con nuestro jefe, el comandante Luvnoff. Ignoramos quién de nosotros ha de encargarse de este asunto. Tal vez Schultz o tal vez yo. En el K.K.I.S. existe una regla de incompatibilidad entre los inspectores. Cada uno debemos investigar un caso distinto. Se nos asigna un problema y hemos de estar sobre él hasta solucionarlo. Si durante la investigación encontramos que el caso en cuestión está relacionado con otro caso que investiga otro inspector, entonces unimos los dos casos y se descarta un investigador.

—He oído hablar de esa regla del K.K.I.S. — asintió Grund.

—En principio — continuó Telma—, éramos cuatro inspectores. San Just investigaba el fenómeno del niño de Lodigiano; Klermatt se ocupaba del mensaje captado por ustedes y a mí me asignaron el «R-Cero».

»San Just y Klermatt han sido relegados de sus cometidos. Ahora quedamos Schultz y yo. Uno de los dos debe abandonar el caso, dadas las pruebas racionales obtenidas. Uno de los dos, pues, pasa a reserva, hasta que surja un nuevo asunto policíaco.

—¿Y, si fracasan en su investigación, les expulsan del K.K.I.S.? —preguntó Javier.

—Sí. Por esa razón, el que sea relevado del caso, de nosotros dos, continúa en el K.K.I.S. El que quede, si fracasa, se le obliga a presentar la dimisión.

* * *

—Su señor padre ha muerto, señorita Tonju — habló el comandante Luvnoff a través del fonovisor, adoptando una expresión de circunstancias—. La astronave sideral «Krator», en la que viajaba el vicemariscal Tonju, procedente de Urano, hizo explosión, sin que se conozcan los motivos, desintegrándose…

Telma ya no escuchaba. La noticia era terrible.., ¡Su padre había

muerto! Él era su único pariente.

Sintió que la congoja se apoderaba de su corazón y una sensación de angustia la invadía. Las lágrimas afluyeron a sus ojos e, instintivamente, cerró el contacto del fonovisor, dejando a su jefe con la palabra en la boca.

—…Lo siento profundamente, créame. Pero…

No quería escuchar más. Se dejó caer en el asiento de su mesa y prorrumpió en copioso llanto. No contestó a la insistente llamada del fonovisor y para que nadie pudiera venir a molestarla en su pena, desconectó el circuito de entrada, quedando aislada totalmente en su despacho.

Sin embargo, existía otro circuito especial, controlado en comunicaciones, por el que se podía abrir cualquier puerta en el «Satélite Azul», y a través de él, un hombre con un distintivo de plata en el pecho, logró romper el aislamiento en que se había refugiado Telma.

El individuo, alto, bien proporcionado, de expresión dura y gestos secos y autoritarios, penetró en el despacho, avanzó hasta la mesa en donde se encontraba Telma y, cruzándose de brazos, exclamó:

—Lamento profundamente lo sucedido, señorita Tonju. Es una desgracia que lamentamos todos, sintiéndola en lo más profundo de nuestros corazones. El vicemariscal Tonju era muy querido y, posiblemente, habría llegado a la jefatura del Gobierno…

Telma levantó la cabeza y se secó las lágrimas, murmurando:

—¡Capitán Snyder! Yo creí…

Lon Snyder era el subjefe del K.K.I.S. y estaba allí enviado por el propio Luvnoff.

—Un inspector del K.K.I.S no puede abatirse por una desgracia familiar —siguió diciendo el hombre—. Ha sido usted descortés con el comandante… ¡Eso es una falta grave, señorita Tonju!

—¡Comprenda usted mi estado de ánimo, capitán Snyder!

—Yo la comprendo, señorita Tonju. Pero el comandante es inflexible. Aquí no hay lugar para sentimentalismos. Le ordeno que establezca inmediatamente comunicación con el comandante Luvnoff.

—Sí, capitán —asintió Telma, con voz ronca y ahogada.

—Oirá usted palabras muy duras de Luvnoff. Por favor, no

replique. Obedézcale y haga lo que él le diga. Es un consejo.

—Sí, capitán.

Telma hizo un esfuerzo de voluntad y conectó el fonovisor. Inmediatamente apareció la imagen del comandante Luvnoff.

—¡Telma Tonju, está usted sancionada! —rugió la voz de Luvnoff—. ¡Me ha cortado usted la comunicación premeditadamente!

—Me sentí indispuesta, señor — se excusó Telma—. La noticia me afectó mucho…

—¡Cállese! Era mi deber comunicárselo y el suyo escucharme. Estoy resentido contra usted por esta descortesía. Su sanción ha de ser grave. Será sometida a consejo de disciplina… Y continuará en el caso que la ocupa. Hans Schultz le entregará su archivo y pasa a reserva… Usted habrá de solucionar sola el caso «OZ-6-X».

Aquello significaba que Telma continuaba en la investigación de «R-Cero», Mahmud Scilli, el objeto luminoso y el mensaje de Pico Aneto. Sus compañeros quedaban descartados del caso. Ella debía continuar hasta el éxito o el fracaso… Y, por encima de todo, debía afrontar la irreparable pérdida de su padre.

—Sí, señor — logró articular.

—Preséntеme esta noche su informe completo sobre este caso — terminó Luvnoff, secamente, cerrando la comunicación.

Telma se dejó caer en su asiento, desmoralizada. Ante ella, Lon Snyder continuaba con los brazos cruzados.

—No se desanime, señorita. Luvnoff es duro, pero humano.

—¡Un hombre como él no tiene derecho…!

—Por favor, señorita Tonju. Todas estas paredes oyen — la interrumpió Snyder, secamente—. Hágame caso y sobrepóngase. Particularmente, creo que el caso se está aclarando. Todos esos puntos de coincidencia señalan algo. Ahora, en conjunto, tiene más posibilidades de éxito que antes, trabajando todos por separado.

—Sí, eso creo —musitó Telma—. ¡Pobre papá! ¡Qué fin más horrendo!

—Yo respetaba mucho a su padre, señorita —dijo Snyder—. Estoy seguro de que hubiese llegado a ocupar un alto puesto en el gobierno. Quizás, en la próxima junta, habría sido nombrado Consejero militar y luego Presidente. No hay que descartar la posibilidad de un…

—¿Por qué se detiene? —exclamó Telma, excitadamente.

—Las paredes oyen — dijo Snyder enigmáticamente. Pero tomó un pequeño grabador que tenía Telma sobre la mesa y, sobre una hoja de «fibrex» escribió: «Asesinato político».

Telma lo leyó y sus ojos se agrandaron. Antes de poder replicar, Snyder había arrojado la hoja por la ranura del regenerador.

—¿Cree usted eso?

—Todo es posible. El caso, naturalmente, se investigará. Puede estar segura. Su padre era un personaje demasiado importante para que su muerte quede clasificada como accidental.

Dicho esto, Snyder dio media vuelta y abandonó el despacho de Telma, la cual volvió a conectar el circuito interior, a fin de seguir en contacto con las demás dependencias del «Satélite Azul».

Sin embargo, durante el resto de la tarde, por la mente de la joven habían de desfilar infinidad de posibilidades, relacionadas con las insinuaciones de Snyder.

Ella sabía algo de las fracciones en que estaba dividido el Departamento de Gobierno Universal. El Parlamento estaba compuesto por ciento quince mil relevantes individuos, cuyos votos decidía cualquier ley en todo el sistema planetario. Allí había representantes de todas las razas.

Sin embargo, la política era compleja y obedecía a intereses difícilmente comprensibles. Por un lado, las Comisiones Técnicas tenían tanta fuerza como el propio Parlamento. Por otro lado estaba la Comisión Militar, que, sin duda, pesaba tanto o más que los Técnicos. Pero había otras comisiones, como eran las Económicas, las Industriales, las Universitarias, etc., etc., compuestas por hombres ambiciosos que se debatían por conquistar la Magistratura Suprema, ahora en manos de un hombre llamado Gaill Phiu, procedente de la Comisión Económica, y de quien se decía que salvó a la humanidad años atrás con sus sabias directrices.

La realidad era que Gaill Phiu era viejo y muchos hombres se disputaban la Suprema Magistratura Universal. El padre de Telma había sido uno de ellos y, posiblemente, su viaje a Urano, obedecía a este móvil, pretendiendo ganarse el apoyo de las Legiones Siderales.

Quizá le habían matado para eliminarle. Ella no había pensado en aquella posibilidad hasta que se la comunicó Lon Snyder… ¡Y

ahora lo veía con toda claridad!

Alguien, en el confuso concierto de la política gubernamental, estaba pegando duro y sin piedad. Esto podía significar sólo una cosa: ¡se avecinaba un período siniestro que podía abocar en una clásica tiranía!

Y la perspectiva era desconcertante y desoladora, pero no nueva en la historia de la humanidad. Aquél podía ser un indicio.

Capítulo V

Javier Orellano, lisa y llanamente, se había enamorado de Telma Tonju. Abocado a la ensoñación, desde el instante en que conoció a la inspectora del K.K.I.S. se dedicó a evocar su figura y a no ser capaz desde aquel momento de hacer nada útil.

Salía del observatorio con más frecuencia que antes, vagaba por los montes helados con su fusil insensibilizador al hombro y miraba con frecuencia al cielo, preguntándose, como se preguntaban millones de seres, dónde podía encontrarse en aquel momento el misterioso «Satélite Azul», sede del Departamento del Gobierno.

Hacía casi dos siglos que se había construido el «Satélite Azul» en un lugar del espacio. Como la expansión colonizadora terrestre había llegado a los confines del Sistema, pues incluso Plutón y Aristos (el nuevo planeta descubierto más allá de Plutón) estaban ya colonizados, la sede del gobierno central no podía estar radicada en la Tierra, con un porcentaje inferior de habitantes a los de otros planetas.

Por esto, en la Conferencia de Petavius (la Luna), se acordó la creación del «Satélite Azul», con cabida para todas las dependencias del Gobierno — ¡más de doscientas mil personas!—, y se especificó que en su girar por el Sistema Solar, nadie podía saber su posición exacta, excepto el Magistrado Supremo y sus ayudantes.

Del «Satélite Azul» podían salir y entrar muchos funcionarios, especialmente los del K.K.I.S., pero ninguno sabía jamás el lugar que ocupaba el satélite en el espacio, dado que los controles de ruta se establecían automáticamente desde la Central de Comunicaciones. Esto era debido a que en ningún momento, nadie podía, sin permiso del Departamento de Gobierno, llegar hasta el «Satélite Azul».

Por eso, Javier Orellano, soñando, miraba todas las partes del espacio, con la vana esperanza de descubrir el lugar donde podía

estar la mujer de sus sueños imposibles.

Javier sabía perfectamente que Telma, aunque quisiera, no podía corresponderle, puesto que una funcionaria del gobierno no podía contraer matrimonio. Si lo hacía, renunciaba automáticamente a su cargo y a su crecido emolumento, que era veinte veces más de lo que podía percibir cualquier otro empleado. En segundo lugar, Javier no era más que un vulgar ingeniero electrónico, con nociones de radioastronomía.

De haber querido, sin duda, Javier hubiese podido localizar la posición exacta del «Satélite Azul». En la *chambre* tenía medios científicos y técnicos para lograrlo. Pero la onda de captación le delataría en el acto… ¡Y Javier Orellano sabía que tal acto estaba castigado con la cadena perpetua en Júpiter!

Por lo tanto, sólo le quedaba el recurso de seguir soñando. Pero de esto hasta sus compañeros se dieron cuenta, y fue el profesor Huisser quien le aconsejó un día, durante la cena:

»—Es mejor que te olvides de ella, Javier. ¡Esa mujer no es para ti!

»—¿Eh? ¿Cómo? —había fingido sorprenderse Javier.

»—Me entiendes perfectamente. Yo también he sido joven y sé de esas cosas. No hay muchas mujeres funcionarías, pero las pocas que hay no abandonarían su cargo por un asalariado cómo tú.

Javier había pensado y repensado, diciéndose que Marcel Huisser tenía razón.

Y otra noche, el profesor le dijo:

—¿Por qué no te vas unos días a Viella? Allí puedes conocer a una chica bonita y casarte. Así te quitarás esa obsesión de la cabeza.

Y otra noche, Aan Grund dio a Javier la terrible

noticia:

—El padre de Telina Tonju, vicemariscal Tonju, ha muerto en un accidente sideral. La astronave «Krator» ha estallado, pereciendo todos sus ocupantes. Se rumorea que se trata de un sabotaje y que el vicemariscal Tonju había ido a Urano a conseguir el apoyo de las Legiones Siderales, a fin de conseguir el puesto de Magistrado Supremo cuando se retire Gaill Phiu.

—¡Pobre Telma! — fue lo único que dijo Javier.

Marcel Huisser y Aan Grund se enfrascaron en una

viva discusión política que no interesaba al otro. Hablaron de

que el sucesor de Gaill Phiu debía ser otro economista y no un técnico. En la Comisión Científica existían demasiados genios que podían ser un desastre a la hora de regir a tantos billones de seres.

—¿Y por qué no un militar? —preguntó Huiesser—. El jefe de la Comisión Militar, mariscal Thorpe, sería un Magistrado Supremo ideal.

—¿Con sus ochenta y nueve años? ¡Vamos, profesor, no delire! Tal vez el padre de la señorita Tonju, que en edad y categoría poseía todo el respeto del Ejército, hubiera servido. Pero ya no se puede contar con él… ¡No, querido profesor; la cosa está mal! ¡Muy mal! Temo que haya desidencias en el «Satélite Azul».

—Pues si eso ocurre, será peor. Caeríamos en manos de la Comisión de Orden Cívico y los agentes del KK.I.S no son los más indicados para ejercer la Suprema Magistratura.

—No me extrañaría que estuviese usted dando en el clavo, profesor —respondió Grund—. En caso de desavenencias, al faltar Gaill Phiu, el K.K.I.S. intervendría y se haría con el poder provisional. Recuerde lo que sucedió con el fallecimiento del Supremo Magistrado Tchenko, hace sesenta y tres años. El K.K.I.S. tomó el mando y costó ríos de sangre desposeerlos.

—El comandante Luvnoff no osaría hacer semejante cosa —aseveró Huisser—. No pondría su cuello en la piqueta de modo tan necio.

—¡Quién sabe eso! Casualmente, según las noticias que tengo, Luvnoff es un hombre que ha llegado hasta la jefatura del K.K.I.S. procedente de los servicios secretos del Ejército. También es un hombre del que se sabe muy poco o nada. Se dice que sólo puede vérsele el rostro, pero que éste puede ser una máscara… ¡Todo un enigma el jefe de nuestra apreciada señorita Tonju!

—¿Por qué insiste en hablar constantemente de ella, Aan? —preguntó Javier, poniéndose en pie, malhumorado.

—Vamos, no te lo tomes así… Estamos hablando de política. ¿O prefieres que hablemos de caza?

—Perdón, profesor. Subiré al laboratorio… ¡Aan me crispa los nervios!

Terminando de decir esto, Javier dio media vuelta y se alejó hacia la cabina del ascensor, dejando a sus compañeros un tanto confusos.

* * *

Aquella noche, en la pantalla cósmica tuvo lugar otro prodigio.

A la hora exacta en que debía producirse la aparición del mensaje, la pantalla se iluminó… ¡Para reproducir, a la inversa, o sea de derecha a izquierda, las mismas rayas y dibujos de las múltiples veces anteriores!

Javier, que estaba sentado en un sillón giratorio, en la mesa central, repasando las láminas de «fibrex» en donde estaban grabados los dibujos, se quedó bizqueando y atónito. Aquella inversión era sorprendente y debía tener algún significado.

Sin perder un instante, mientras se proyectaba la imagen flocular en la pantalla, llamó a sus compañeros por el interfonovisor, gritando:

—¡Profesor, Aan, suban inmediatamente! ¡La imagen se ha invertido!

A los pocos minutos, Huisser y Aan irrumpían en la *chambre*, llegando a tiempo de ver las últimas imágenes del supuesto mensaje.

—¡Diablos! —exclamó Huisser, atónito—. ¿Qué significa esto?

Javier había podido comprobar que los relojes de control funcionaban como siempre que se producía el fenómeno.

—Sea lo que sea, debemos avisar a Telma Tonju — dijo Javier.

Grund se volvió, sonriendo despectivamente.

—¡Vaya, tú sólo piensas en ella! La verdad es que no podemos llamarla.

—Hemos de advertirle de este cambio —exclamó Javier.

—Para esto está la Sección Científica —terminó Grund, con aire de suficiencia.

—Aan tiene razón, Javier —intervino Huisser—. Nuestro deber es avisarles a ellos. Sin embargo, no creo que Telma Tonju tarde mucho en venir.

—¿Y si la han sustituido por el inspector Hans Schultz? —preguntó Grund, con marcada intención.

Javier se volvió raudo, con ánimo de agredir al otro. Pero se contuvo, haciendo un sobrehumano esfuerzo de voluntad y rugió:

—¡Ya es suficiente, Aan! Si insistes con tus sarcasmos y retidencias lograrás sacarme de quicio. ¿Qué es lo que te propones? ¡Habla claro!

—Perdona, Javier. No debes ponerte así. Creo que te lo tomas demasiado en serio —se excusó Aan Grund—. No está en mi ánimo molestarte. Pero comprendo que te duele cuando menciono a la inspectora Tonju. Compréndelo. Esa mujer ni siquiera se ha fijado en ti… ¡Vive en otro mundo distinto!

—Grund tiene razón —dijo Huisser—. Hazle caso y olvídala… Pero tú no estés siempre recordándosela. Ahora, permitidme que avise a la Sección Científica sobre este curioso fenómeno. Tal vez signifique algo importante.

* * *

El aviso de Marcel Huisser tuvo como inmediato resultado la llegada, sin previo aviso, del «auto-cohete» de Telma Tonju.

La muchacha venía con un «grol» negro y traía consigo una valija metálica, de pequeño tamaño, con la que descendió del «auto-cohete», caminando penosamente sobre la nieve, hasta que logró llegar al edificio. Allí pulsó el timbre y, pocos minutos después, los tres radioastrónomos salieron a recibirla, Javier dando muestras de mayor alegría que ninguno.

Tras un breve y seco saludo, Telma se hizo conducir a la *chambre* sobre cuya mesa central y circular dejó su maletita, volviéndose entonces a Javier, a quien dirigió una triste sonrisa.

—Perdonen si me he comportado un poco bruscamente. Les supongo enterados de la desgracia familiar que me aflige.

—Sí. Lo he sentido mucho —contestó Javier.

—Yo también, señorita Tonju —agregó Aan.

—Y no es eso lo peor, sino que he quedado sola al frente de la investigación, con pocos más datos de los que teníamos antes. Esto que ahora ocurre podría ser un indicio revelador. Vengo dispuesta a investigar a fondo, pero necesito la ayuda total de ustedes.

—Cuente usted conmigo para todo —replicó Javier, emocionado.

—Gracias, Orellano. En breves palabras les diré que tengo exactamente diez días para solucionar el caso o convertirme en una ciudadana como las demás. Ése es el plazo que me ha dado el comandante Luvnoff.

»Si no resuelvo satisfactoriamente esta serie de problemas que se han planteado, habré de presentar mi dimisión y dejaré de

pertenecer al K.K.I.S. Espero que se den cuenta de la importancia que tiene para mí encontrar una explicación a todo esto, a fin de poder informar al Departamento de Gobierno.

—Díganos qué debemos hacer y, si está en nuestra mano, cuente con ello —habló dignamente Marcel Huisser.

—En primer lugar, explíquenme lo sucedido.

Fue Javier quien aclaró a Telma todo lo que había visto en la pantalla, sin omitir detalle.

Al terminar, Telma se quedó pensativa y señaló la valija metálica que había traído consigo.

—El profesor Chevres, presidente de la Comisión Científica, al comunicarme la noticia de esta inversión de imágenes, me ha apuntado la posibilidad de que, desde aquí, nosotros podíamos enviar otro mensaje a Serpentario…

—¿Cómo? —exclamó Javier, atónito.

—Sí, eso me ha dicho.

—¿Y la energía que necesitaríamos para enviar una onda de mediana frecuencia hasta un lugar tan distante? Si fuese posible hacer esto, la respuesta no llegaría hasta Serpentario jamás… O bien la Tierra habría dejado de existir para cuando eso sucediera.

—Por favor, profesor Huisser —atajó Telma—. Déjeme concluir. Precisamente, el profesor Chevres me ha facilitado el condensador protatínico más revolucionario que existe.

»Pierre Chevres sustenta la teoría de que podemos absorber totalmente la energía procedente de los catalizadores iónicos de la pantalla cósmica, para devolver el supuesto mensaje a su lugar de origen, con la misma energía que ellos nos envían.

Al oír esto, tanto Javier Orellano como sus dos compañeros se quedaron bizqueando y mirando alternativamente a Telma y a la caja metálica que había traído consigo.

—¡Por los turios de Utrevia, señorita Tonju! —exclamó Huisser —. ¡Es el experimento más fantástico que se le puede ocurrir a nadie! ¿Quiere decir que, con eso y utilizando la energía de ellos, cualquiera que sea su origen o potencia, podemos enviarles una señal?

—Sí —dijo Telma.

—Y ¿qué señal puede ser ésa?

—Una que confeccionaremos aquí, intercalando a sus guarismos

un mensaje escrito por nosotros. Al ver sus propios signos, mezclados con los nuestros, comprenderán que hemos recibido la señal. Si son tan inteligentes que han podido transmitir instantáneamente a través de tantos billones de kilómetros de distancia, puede que encuentren el modo de traducir nuestro propio mensaje.

—¡Fantástico! —exclamó Javier Orellano, entusiasmado—. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Claro que sí. ¡El condensador de protactinio de Evermann! ¡Pero si lo estudié, en sus principios básicos, cuando estaba en la Universidad de Madrid!

—Usted es ingeniero electrónico, Orellano —dijo Telma—. ¿Se atreve a conectarlo a la caja de absorción?

—¡Claro que sí! Antes repasaré algunos datos, pero lo haré en pocas horas.

—De acuerdo. Aan Grund le ayudará. El profesor y yo vamos a redactar un mensaje, donde intercalaremos señales como las recibidas. Cuando se produzca la siguiente transmisión, cortaremos la línea de absorción y radiaremos nuestro propio mensaje. ¿De acuerdo?

—¡Manos a la obra!

Sin perder un minuto, Javier y Grund fueron a la sala de recreo, a documentarse sobre el condensador protatícnico, para efectuar las conexiones correctamente, mientras que Telma y Marcel Huisser se enfrascaban en la redacción del mensaje que debían grabar en cinta virgen, para poder proyectar sobre una cámara de 3 D en muy alta frecuencia. Esto no era difícil. Primero escribieron:

> *Recibido mensaje indescifrable. Interesa ayuda. Tenemos hombre origen extra galáctico, niño megacéfalo y máquina móvil. Por favor, aclaren misterio.*

Todo aquello se escribió en láminas de «fibrex» y luego se intercalaron los signos recibidos. Luego se filmó todo en una película virgen y se dispuso la cámara para ser proyectado y enviado al cosmos cuando se produjera la nueva aparición del mensaje del cosmos.

Por su parte, Javier y Aan trabajaron con ahínco, desmontando

el tablero principal de la máquina de control y efectuando los empalmes y reajustes, en sentido doble, con una conexión separada, para cortar la conducción de la pantalla cósmica en el instante de iluminarse, y poder invertir la energía recibida.

—Nos podemos encontrar con que, al ser constante la energía que nos llega en el mensaje, se pierda la mitad al pretender devolver a su punto de origen otro mensaje con la misma energía —comentó Javier—. En ese caso, no recibirían nuestro mensaje.

—Quizá sufra un poco de retraso —repuso Huisser—. Y hemos de intentar lo que sea. El experimento puede fracasar. Pero ello no se deberá a que nosotros hayamos dejado de intentarlo.

En menos de seis horas estuvo todo preparado y a punto. Entonces decidieron bajar al salón a tomar algo. Fue entonces cuando Javier y Telma pudieron hablar.

—Me gustaría poder ayudarla, señorita Tonju — dijo Javier.,

—¿No lo hace?

—Sí. Pero quiero decir que quisiera ayudarla aún más, hacer algo de otra índole.

La joven sonrió amablemente.

—Se lo agradezco. Necesito toda la ayuda que puedan brindarme, técnica y particular.

—Aparte de lo que hacemos aquí, ¿no hay nada en lo que pudiera ser útil a usted?

Telma miró fijamente a Javier y, bajando la voz, preguntó:

—¿Habla en serio, Orellano?

—Se lo digo con toda el alma.

—Hay algo que quizás usted podría hacer por mí…

Algo importante y particular. Pero podría reportarle algún perjuicio.

—Aunque no lo crea, sería capaz de dar mi vida y mi ser por usted — repuso Javier, con vehemencia.

—¿Incluso transgredir la ley? — insinuó ella.

Javier sonrió.

—Sé que habla en broma. Pero, si fuese cierto, ¡por mi vida que lo haría!

Telma miró fijamente a Javier y estuvo unos segundos silenciosa. Luego se levantó y fue hacia la galería que rodeaba el edificio, indicando al otro que la siguiera.

Una vez en el mirador, Telma se volvió a Javier y le dijo:

—Sé que pueden castigarle, Javier Orellano. Pero usted podía prestarme un señalado servicio.

—¿Cuál?

—Enviar un mensaje a Urano. Yo no puedo hacerlo porque se enterarían en el Departamento de Gobierno, donde controlan todas nuestras llamadas. Necesito ponerme en contacto con el general Sarto, jefe de las Legiones Siderales. Era amigo de mi padre.

»Yo sé que usted tiene aquí medios para hacerlo…

—Los tengo y lo haré, señorita Tonju. Aunque me envíen a las prisiones de Júpiter, el general Sarto recibirá su mensaje. ¿Qué debo comunicarle?

—Dígale que… —Telma se detuvo y miró en derredor, recelosa —. Dígale que Lon Snyder cree que mi padre fue asesinado… Pero, ¡por Dios, que nadie sepa nada!

—Descuide usted —respondió Javier.

* * *

De nuevo en la *chambre*, horas después, Javier y Telma se observaban con simpatía que no pasó inadvertida para Huisser y Grund. En el momento en que se encendió la pantalla cósmica, todos se afanaron en sus respectivos cometidos.

Javier hizo funcionar el condensador de protactinio, ¡y la pantalla se oscureció en el acto!

—¡Está funcionando! —gritó Grund.

Por su parte, Huisser y Telma proyectaban al espacio el mensaje que habían redactado, y que tenía exactamente la misma duración de tiempo que el recibido de Serpentario.

Durante cinco minutos, reinó dentro de la *chambre* una febril actividad, una tensión latente que parecía poderse cortar. Y, por fin, terminó la operación y todos quedaron en silencio, como relajándose.

—El mensaje está en el cosmos — musitó entonces Javier—. Creo que hemos tenido suerte.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Grund, mirando a Telma.

La joven no respondió. Se acercó a Javier y le miró profundamente a los ojos.

—Confío en usted —musitó— Ahora debo ir a Lodigiano. No sé

el tiempo que estaré allí, pero volveré tan pronto como pueda. Si durante mi ausencia ocurre algo, les ruego que me llamen a través del K.K.I.S.

—Así lo haremos — contestó Javier, para añadir, en voz baja—: Cumpliré su encargo en cuanto pueda.

Se estrecharon la mano y en el apretón de Javier y Telma había un calor que no percibieron Grund y Huisser.

Telma se marchó entonces, siendo acompañada hasta su «auto-cohete» por los tres hombres. Y, cuando desapareció en el aire, volvieron los tres al laboratorio.

—Te felicito, Javier —dijo entonces Grund—. He observado que la señorita Tonju te ha tratado de un modo…

—¡Eh, miren la pantalla! —exclamó Huisser, de pronto, casi gritando.

Todos se volvieron a mirar y en el centro de la pantalla cósmica pudieron ver una luminosidad verdosa, ¡de entre la que estaba surgiendo algo…! ¡Una figura inverosímil!

¡Un ser extra galáctico, deforme y hórrido!

Capítulo VI

La luz petrificó a Huisser y Grund, para decrecer de intensidad hasta segregarse. Javier estaba atónito, sintiendo un curioso hormigueo en su cuerpo.

¡Y en la pantalla cósmica se encontraba aquella imagen que no podía ser comparada con nadie conocido!

Era un monstruo luminoso, deforme, irregular, como una vejiga cubierta de pliegues que parecían despedir luz, y que se inflaba y desinflaba como un balón neumático.

Al fin, Javier pudo retroceder, tropezando con Grund, quien perdió el equilibrio, cayendo violentamente al suelo, ¡donde quedó en la misma actitud «petrificada» en que había quedado de pie!

Aterrado ya, Javier miró también a Marcel Huisser, en cuya expresión estaba retratado el asombro, pero en quien no se movía ni un músculo facial. Tanto Huisser como Grund estaban convertidos en estatuas.

Javier hubo de hacer un alarde de dominio de sí mismo para empujar al profesor y dejarle caer lentamente al suelo. Allí se inclinó sobre él y le escuchó el corazón, comprobando que no le latía.

También examinó a Grund y dedujo que estaba muerto.

Sin mirar a la pantalla, Javier corrió al ascensor, penetrando en él y haciéndose trasladar al piso inferior. Allí encontró a *madame* Debré, que estaba limpiando el salón.

—Ah, Javier, tendrías que conseguirme más carne… ¿Qué te ocurre?

—¡Por el amor de Dios, *madame* Debré! ¡No entre usted en la *chambre* para nada! ¿Me entiende bien?

—Pero…

—¡Haga lo que le digo! ¡No entre allí, ni permita entrar a nadie!

—¿Y el profesor Huisser?

—Allí está… No está muerto, aunque lo parezca… ¡«Iail» los ha paralizado a los dos! Yo tengo que irme a Italia sin pérdida de tiempo. Pero volveré.

Lo que vio *madame* Debré en la mirada o expresión de Javier la hizo retroceder. Jamás le había visto tan transformado, demudado y extraño.

Javier, por su parte, no esperó más tiempo. Se dirigió a la puerta y salió al exterior… Allí se desmaterializó, esfumándose en el aire como si fuese un espectro, para reaparecer, sin que él mismo supiera la causa y la razón, detrás de un seto, en el jardín del hospital oficial de Lodigiano, en Italia.

Javier estaba dominado por un ser situado a muchos miles de años de luz de distancia. No sabía lo que se pretendía de él, y actuaba como instintivamente. Tampoco se había dado cuenta cabal de haber viajado desde Pico de Aneto a Lodigiano en una fracción de segundo… Y no siquiera sabía para qué estaba allí.

«Algo» le guiaba y él actuó a impulsos de este «algo», cuyo nombre había mencionado como «Iail».

El hospital de Lodigiano era grande, de ocho pisos. Tanto en los jardines como en su interior, internos y pacientes iban y venían, sin prestar atención unos a otros. Javier pudo mezclarse entre la gente y llegar al vestíbulo, donde tomó un ascensor hasta el piso quince. Allí, como un autómata, avanzó por un pasillo, hasta llegar a una puerta en la que habían dos hombres de uniforme, con «grol» negro, escudo blanco al pecho y estrella negra en el centro. Eran agentes del K.K.I.S., pero de menor categoría que los inspectores de la estrella roja.

—Abran la puerta — ordenó Javier.

Uno de los agentes se volvió y obedeció prontamente, mientras su compañero se quedaba rígido, sin pestañear siquiera.

Entonces Javier entró, en una salita de regulares dimensiones, en la que había un lecho y sobre éste un extraño ser, con cuerpo de niño y cabeza enorme, rostro azulado y ojos cerrados.

—Levántate — ordenó Javier.

Mahmud Scilli, el niño fenómeno de Lodigiano, abrió los ojos. Javier pudo ver el destello rojo de aquellas singulares pupilas.

—¿Ya nos vamos? —fue lo primero que preguntó el niño megacéfalo.

—Sí. Tenemos que ir al Sahara. Pero tú no puedes ser teleportado — contestó Javier—. Tengo que acompañarte. Tomaremos un «auto-cohete» y nos trasladaremos allí… Así lo ha dispuesto «Iail».

—Bien —respondió Mahmud Scilli, levantándose.

Llevaba un pijama abierto, color azul claro. Pero en un anaquel había un «grol» negro, de talla infantil. Javier lo tomó y se lo dio al chiquillo, diciéndole:

—Toma, ponte esto. No puedes ir así por la calle.

—La gente se dará cuenta del tamaño de mi cabeza — dijo el muchacho, empezando a quitarse el pijama.

—Yo haré que no te vean. No te preocupes — contestó Javier.

Ayudó a Mahmud Scilli a colocarse el «grol» y luego salieron. Los dos agentes continuaban en la puerta, rígidos, como si nada hubiese ocurrido.

Caminando por el pasillo, Javier y el muchacho se cruzaron con una enfermera, la cual se apartó para dejarles pasar, pero sin fijarse en el muchacho. Javier sabía que bastaba su deseo de no ser observados y ser suficiente para que nadie pudiera ver a Mahmud.

Se cruzaron con muchas personas, pero nadie prestó atención al joven y extraño compañero de Javier. Era como si todos estuviesen hipnotizados o como si Mahmud Scilli fuese invisible.

En la calle, llamaron a un «car» flotante. El vehículo, a una seña de Javier, se situó junto a ellos y el conductor accionó el mando de entrada. Cuando estuvieron sentados en sus respectivos asientos, el conductor preguntó, volviéndose:

—¿Adonde les llevo?

—A Ouallene, en el Sahara. Remóntese a tres mil metros.

—Sí, señor.

* * *

Fue un viaje rápido y sorprendente. El «car» flotante efectuó el viaje en poco más de dos horas, desarrollando toda su potencia. Era un vehículo antiguo, pero cómodo.

Al posarse en el aeródromo subterráneo, los dos pasajeros salieron, sin despedirse del conductor, quien quedó rígido en su asiento, como esperando órdenes.

—El «xak» está encerrado en una sólida cámara —habló Javier,

mientras se dirigían hacia una de las cabinas horizontales de comunicación interior—. Le darás tu cerebro, Mahmud. Luego volverás al «car» flotante y regresarás a Lodigiano.

—Sí, ya lo sé. Entonces volveré a ser yo mismo.

—Perfectamente.

Había un empleado de la base junto a la entrada de la cabina horizontal que miró a Javier.

—¿Dónde va usted? —preguntó.

—A ver al general Udango.

—No está en la base. Salió ayer hacia la Luna, donde se celebra hoy la Junta de la Comisión Militar

—contestó el empleado.

—¿Quién le sustituye?

—El coronel Ely Marwell.

—Bien. Condúzcame a su presencia.

El empleado no miró ni una sola vez a Mahmud Scilli, que estaba junto a Javier, sin despegar sus azulados labios, mirando al frente, muy serio y bamboleándosele ligeramente la cabeza sobre los hombros, como si no pudiera resistir su peso.

Subieron a la cabina y la puerta se cerró. Dentro de la cabina, esperaron ya que el coronel Marwell tenía una importante visita. Pero Javier, a través del fonovisor interior, insistió en ser recibido inmediatamente.

En vista de esto, la cabina se abrió y Javier, seguido del pequeño Mahmud Scilli, penetró en el amplio y suntuoso despacho del general Udango, donde Ely Marwell estaba conversando con Telma Tonju.

Ni el coronel ni la inspectora Tonju se dieron cuenta de la presencia de sus extraños visitantes, hasta que Javier se situó al lado de la mesa y, mirando a Telma, dijo:

—Todavía no he podido enviar su mensaje, señorita Tonju.

—¡Javier! —se sorprendió ella, volviéndose—. ¿Qué hace usted aquí?

—He venido a entregar el cerebro de Mahmud Scilli al «xak» enviado desde «Oublo» por «Iail». Es muy importante. — Javier se volvió a mirar al coronel Marwell, quien no se había movido de su asiento, como si la intromisión y las palabras de Javier fuesen lo más natural del mundo—. La «ekia» del «xak» ha de ser reparada.

Yo le quitaré la radiación y el enviado podrá ir al «Satélite Azul» y comparecer ante el Departamento de Gobierno. Para ello se ha establecido el plan.

—¿Quién es el «xak»? —preguntó el coronel Marwell.

—El hombre al que llamamos «R-Cero». Pero no es un hombre, como ya sabemos —explicó Javier—. «Iail» sabe el horror que nos causaría verle en persona. El ser humano reacciona instintivamente contra todo lo que desconoce. «Iail» es un fruto de la naturaleza de su mundo remoto. Él comprende que venir a tratar con nosotros con su aspecto resultaría ineficaz. Por eso, de las imágenes que tenía nuestras, sacó una copia y construyó el «xak». Antes envió un «óvulo cerebral» de su raza para incubarse en el cráneo de un bebé. Robó, por así decir, la masa encefálica del bebé y lo protegió. No nos ha dañado en nada. Mahmud Scilli recobrará hoy mismo su cerebro y volverá con su familia. A partir de hoy será un niño normal y podrá continuar sus estudios.

»Por otra parte, el «xak», restablecido y sin peligro, penetrará en su «ekia» y se trasladará al «Satélite Azul». «Iail» me ha transmitido la verdad sobre la conspiración que se fragua, pero no puedo hablar de ella, por ahora.

»Lo importante es que Mahmud entregue su mente al «xak». Y para ello hemos de ir inmediatamente a la cámara infra-térmica y efectuar la operación de trasplante.

—¿Quién hará eso? —quiso saber Marwell, hablando como un oráculo.

—Yo —contestó Javier Orellano—. «Iail» ha delegado en mí su poder científico.

—¿Sabe usted lo que ese enviado del cosmos piensa decir a nuestro gobierno? —preguntó Telma, en un tono de voz semejante al de Marwell.

—No. Esto es designio de «Iail».

—Y ¿quién es «Iail»? ¿Un genio maléfico?

—No sea usted supersticiosa, señorita Tonju. Nuestra civilización ha superado la ignorancia del pasado. «Iail» es un hombre de ciencia, en el sentido que dan en «Oublo» a esa expresión.

—Y ¿por qué le ha elegido a usted como intermediario? —insistió Telma, ahora poniéndose en pie y mirando primero a Javier

y luego al pequeño Mahmud Scilli.

—Yo trabajo en uno de los mayores laboratorios de radioastronomía de nuestro sistema. Usted sabe que «Iail» necesitaba comunicarse con alguien. ¡Él solo no podía llevar a cabo el proyecto. De las tres personas que trabajamos en Pico de Aneto, yo tenía más interés que ninguno, por una razón que podemos llamar sentimental.

»La quiero a usted, Telma. Me gustó el primer día que la vi y como no la podía alcanzar, me dediqué a soñarla. Mi mente estaba predispuesta en su favor y hubiese hecho cualquier cosa por ayudarla, como usted sabe.

—Sí, Javier… Gracias —musitó Telma.

—Por otro lado — continuó diciendo Javier—, «Iail» se dio cuenta de mi interés hacia usted… Y sabe que usted llevaba la investigación del caso. Ésa es la explicación que me pide. Era el más propicio. Y por tal motivo, en cuanto «Iail» estuvo seguro de que le habíamos captado, se nos apareció en la pantalla.

»Supongo que ha empleado la tele-hipnosis para indicarme lo que debo hacer. Me ha transportado desde el observatorio hasta Lodigiano y desde Italia hemos venido en un «car» flotante. «Iail» no quiere someter al pequeño a tratamientos peligrosos.

—Empiezo a comprender —asintió Telma—. Ahora todos nosotros somos una especie de sirvientes circunstancias de «Iail», ¿no es así?

—Exactamente. Volveremos a nuestro estado normal, a ser nosotros mismos, cuando el «xak» esté seguro en su «ekia». Toda esta maniobra obedece a un plan cuidadosamente estudiado. No es fácil enviar a un emisario desde un mundo tan remoto como «Oublo». Por ello ha sido necesario actuar de este modo.

—Bien. En ese caso, vamos a sustituir los cerebros — dijo Marwell, levantándose también—. Cuanto antes volvamos a ser dueños de nuestra voluntad, tanto mejor.

Dominados todos como estaban, por el influjo misterioso que emanaba ahora de Javier Orellano, actuaron sin la menor resistencia. Nadie podía oponerse a una voluntad tan fuerte como la que les era transmitida a través del cosmos.

Así, en pos de Ely Marwell, Javier, Telma y el pequeño Mahmud, penetraron en una cabina magnética que les condujo al corredor en

donde estaba la cámara infra-térmica. Una orden de Marwell fue suficiente para franquearles el paso. La compuerta exterior se cerró y se abrió la puerta de seguridad.

Dentro de la cámara habían cuatro científicos, trabajando en el estudio del cuerpo que yacía postrado sobre la mesa.

Los cuatro hombres se volvieron y miraron a Marwell.

—Dejen el trabajo, caballeros. Javier Orellano se encargará ahora de todo… Puede usted proceder, ingeniero Orellano.

—Gracias, coronel. Tengan la bondad de apartarse. Es mejor que se coloquen aquí, junto al muro. No estorben mi trabajo.

Javier apartó a los científicos y tomó del brazo a Mahmud Scilli.

—Necesitaré otra mesa para tender al niño — dijo Javier—. ¿Puede traérmela, coronel Marwell?

El aludido se volvió a un fonovisor que había en el muro y efectuó una llamada al centro de comunicaciones de la Base.

En respuesta, a los pocos minutos, la compuerta se abrió y dos empleados trajeron una mesa. Javier la situó a continuación de la que sostenía a «R-Cero».

—Ahora voy a traspasar los cerebros de un cráneo a otro — explicó Javier—. No soy cirujano, pero me han informado bien de cómo debo hacerlo. En realidad, será un ser científico el que actuará en mí por control remoto.

»Esta operación durará una hora y media, aproximadamente. Pueden quedarse a presenciarla, si gustan.

Mahmud Scilli podía ser visto ahora tendido en la mesa. El interés de todos los reunidos iba en aumento. El profesor Parrish preguntó:

—Y ¿cómo va a introducir el cerebro voluminoso del niño en un cráneo pequeño, como el de «R-Cero»?

—Es un fenómeno de dilatación y compresión. No sé cómo, pero lo haré. Sólo necesito un bisturí y un cauterizador electrónico.

—Aquí tenemos ambas cosas — respondió el profesor Karlsen, volviéndose al anaquel donde estaban los instrumentos científicos.

Javier había mirado intensamente a las pupilas rojas de Mahmud Scilli, y el pequeño megacéfalo se quedó rígido, como si estuviera anestesiado.

Entonces empezó Javier por tomar el bisturí y seguir una línea invisible en la cabeza del calvo «xak». Levantó una especie de

lámina de plástico y presionó con los dedos el «cráneo» del «xak».

El cerebro albergado en su interior quedó al descubierto, protegido por la bolsa envolvente que lo cubría.

—Éste es el cerebro de Mahmud, que ha sido conservado durante algunos años en «Oublo» —dijo Javier, seriamente—. Fue tele-transportado en embrión y estudiado meticulosamente. Por él, «Iail» conoce nuestra ascendencia, lengua, cultura y ciencia.

—Pero ¿ha podido estudiar el cerebro de un niño sin conocimiento? — exclamó Telma, asombrada.

—La herencia genética de nuestros padres va unida a nuestro cerebro. Hay cosas que nosotros no comprendemos aún, pero son ciertas. Para «Iail», nuestro centro neurálgico no tiene ningún misterio.

Javier hablaba mientras practicaba la trepanación en la enorme cabeza de Mahmud Scilli. El extraer la masa encefálica de la cabeza super desarrollada fue un laborioso trabajo y paciente, que tuvo a todos los presentes con el ánimo en vilo y en silencio.

Javier utilizó el bisturí con habilidad y, en menos de media hora, tuvo los dos cerebros sobre unas bandejas de cristal. Entonces tomó el pequeño cerebro extraído del «xak», que encajaba perfectamente en el cráneo de Mahmud y estuvo diez o doce minutos cauterizando fibras nerviosas, provisto de una finísima aguja radioeléctrica.

Todos le miraban con la boca abierta, incrédulamente, sin poder creer siquiera en lo que estaban viendo, porque la enorme cabeza del niño había empezado a disminuir, a medida que le desprendían el cerebro y la coloración azul desaparecía de su cutis.

Javier hizo una excelente operación, volviendo a cerrar el cráneo y efectuando algunos puntos de sutura termo-magnética.

Luego procedió a otra extraña operación. Abrió la bolsa que contenía el cerebro hasta entonces albergado en Mahmud y empezó a «conectar» infinidad de puntos nerviosos. No vaciló ni una vez. Aquí no era necesario cauterizar nada. Los «finos alambres» tenían distinto color. Habían millones de delgadísimas fibras, pero Javier, una a una, las iba uniendo todas.

En total, y tal como había predicho, Javier empleó una hora y media en realizar el trasplante de cerebros, desde principio al fin. Al cabo, se pasó el dorso de la mano por el rostro y musitó:

—Listo… Ya soy libre otra vez.

—¿Quiere decir que ya no está bajo la influencia de «Iail»? —preguntó Telma

—No… Ni usted tampoco. Ya estamos libres. Ahora esperemos la reacción de los pacientes. Creo que pronto se recuperarán.

Efectivamente, el primero en moverse sobre la camilla fue el niño Mahmud Scilli, quien gimió, se agitó y abrió los ojos, mirando atónito en derredor. ¡Y su mirada no era roja, sino como la mirada de un niño asustado y temeroso, que al ver a tantos hombres observándole, se incorporó y prorrumpió en llanto!

Telma Tonju se acercó al niño, consolándole:

—No llores, Mahmud. Pronto te llevaremos con tu mamá.

—¿Dónde está «mummy»? —preguntó el chico—. ¡Yo quiero ir con «mummy»!

—Hay un «car» esperándole —dijo Javier—. Será preferible que alguien le acompañe.

—Luego… ¿Y eso? —preguntó Marwell.

—Dentro de unos instantes le veremos ponerse en pie.

—¿Qué hará? —preguntó Marwell.

—Irá en busca de su «ekia». Sólo allí se sentirá seguro… ¡Y nada ni nadie podrá evitarlo!

—¿Qué misión trae a la Tierra ese individuo? — quiso saber Telma, que continuaba abrazando al niño.

—El nos lo dirá… ¡Es el enviado de «Iail»! —contestó Javier, dando muestras de intensa fatiga.

Efectivamente, un minuto después, «R-Cero» se movió en su camilla, para incorporarse acto seguido y abrir los ojos, mirando con una fluctuación roja a todos los presentes. Su cabeza había crecido un poco, volviéndose azulada. Sin embargo, no era del todo desagradable. En especial, fue agradable cuando sonrió y pronunció las primeras palabras, con voz grave, diciendo:

—Gracias, caballeros. Se han portado ustedes dignamente. Ahora debo introducirme en mi máquina. Desde ella hablaré a su gobierno. Tengo un mensaje importante que comunicar.

»Les ruego que me abran paso y nada les ocurrirá a ninguno. Mi misión es de paz, pero dispongo del suficiente poder para destruirles a todos.

»No teman. Ese poder no lo emplearé nunca… Usted, señor

Orellano, debe regresar a su observatorio. «Iail» desea testimoniarle personalmente su agradecimiento.

Diciendo esto, «R-Cero» descendió de la mesa y se puso en pie. Luego extendió la mano hacia la puerta de seguridad… ¡Y la puerta se abrió!

Capítulo VII

El «xak» se abrió paso a través de todas las puertas y cabinas magnéticas de la Base Experimental de Ouallene, hasta llegar al exterior. Nadie pudo cerrarle el paso. No existía mecanismo que se resistiera a su poderoso influjo mental.

Salió al exterior, en el ambiente altamente radioactivo, y, con paso lento, se dirigió hacia el objeto irregular y provisto de paletas, que un vigía del super-carguero «Colman» había visto caer en aguas del Atlántico. Estaba moviéndose lentamente.

El «xak» se situó a unos metros de la roca verde y extendió la mano.

En el interior del despacho del general Udango, Javier Orellano, Ely Marwell y Telma Tonju estaban contemplando aquellos movimientos a través de la enorme pantalla cromática.

Y pudieron ver como, al conjuro de la mano del «xak», el objeto llamado «ekia» se detenía, encogiéndose sus paletas como una tortuga que escondiera sus extremidades. Luego, imperceptiblemente, aquella roca verdosa empezó a perder coloración, hasta quedar convertida en algo sin luz.

Fue entonces cuando se abrió como una cáscara de nuez, dejando ver una oquedad en su interior, donde cabía perfectamente el «xak», quien se acercó, penetró en el hueco, para cerrarse inmediatamente el objeto con su extraño personaje dentro.

Un segundo después, ante el asombro de cuantos presenciaban el prodigio en las pantallas visoras, hubo una cegadora explosión, sin ruido, ¡y la «ekia» desapareció en medio de la llamarada!

—Se ha ido —musitó Telma Tonju.

—Sí, así es —asintió Javier—. Tiene una misión que cumplir.

—Y ¿qué nos ocurrirá a nosotros? —preguntó Ely Marwell—. Se nos ordenó retener aquí a ese individuo… ¡Hemos hecho todo lo contrario!

—No podíamos hacer otra cosa —contestó Javier—. Era imposible negarse al mandato de «Iail», como han visto… La señorita Tonju es testigo de todo.

—He sido testigo de una increíble desobediencia a nuestro gobierno —respondió Telma, cejijunta—. Temo que esto nos costará muy caro.

—Debe usted informar de lo sucedido. Yo, por mi parte, regresaré a Pico de Aneto. Estoy preocupado por la suerte de mis compañeros.

—¡Increíble! He sido testigo de una serie de cosas fantásticas —habló el coronel Marwell—. Y he contribuido a que todas se realicen… ¡Soy tan culpable como lo son ustedes!

—Ninguno somos culpables —declaró Javier—. No éramos nosotros mismos quienes actuábamos.

—Pero creo que pagaremos nosotros las consecuencias. Espere, Javier. Le llevaré a Pico de Aneto. Luego iré a informar al comandante Luvnoff… ¡Estoy segura que ordenará mi arresto y destitución!

—Confiemos en que «R-Cero» transmita su mensaje al Departamento de Gobierno —habló Marwell—. Nadie va a creer lo que ha ocurrido aquí.

* * *

Mahmud Scilli, conducido por el piloto del «car» flotante, regresó a Lodigiano, donde fue internado de nuevo en el hospital, para un reconocimiento.

En vano, Marwell intentó establecer contacto con la Luna para informar a su jefe. Le dijeron que se hallaba en una conferencia secreta y que no podían molestarle.

Por otra parte, Telma y Javier, en el «auto-cohete» de ella, salieron de Ouallene, poniendo rumbo hacia Pico de Aneto, a donde llegaron pocos minutos después, para encontrarse en la *chambre*, no con dos cuerpos petrificados, sino con tres, puesto que *madame* Debré, sin hacer caso a las recomendaciones de Javier, había penetrado en el laboratorio, para quedar también petrificada.

En la pantalla, sin embargo, no estaba la hórrida imagen de «Iail», sino que estaba apagada.

—¿Qué les ha sucedido? —preguntó Telma, al entrar en el

laboratorio.

—No lo sé. Se quedaron así cuando apareció «Iail»… *madame* debió desobedecerme ¡No la toque; se podría caer!

—¿Están muertos?

—Sus corazones no laten, pero creo que se recuperarán —contestó Javier—. No puedo decirle cuándo.

Ella miró intensamente a Javier y se le fue acercando.

—Dígame una cosa, Javier. ¿Es cierto lo que dijo de mí, respecto a sus sentimientos personales?

Él bajó la mirada al suelo y osó replicar:

—Sí, señorita Tonju. Confieso que soy un soñador empedernido y no tengo derecho a… Bueno, usted me entiende. No soy nada, mientras que usted es un funcionario oficial. Por eso le ruego que me perdone. No la molestaré nunca.

—No es ninguna molestia, Javier —exclamó ella, radiante—. Es todo lo contrario. Me alegro mucho de conocer sus sentimientos. Me resultó usted simpático cuando le conocí y ahora le aprecio mucho. Si no fuese por la diferencia social que nos separa… ¡Ah, pero no se inquiete! Tengo el presentimiento que habré de dejar el K.K.I.S. El comandante Luvnoff no me perdonará el fracaso. Si eso ocurre y vuelvo a ser una ciudadana cualquiera, pensaré en usted, Javier.

—¡Gracias, Telma! — exclamó él, tomándola impulsivamente las manos y atrayéndola hacia sí.

Posiblemente, arrebatado de alegría como estaba, Javier hubiese abrazado a Telma, sin que ella hubiese opuesto la menor resistencia. Pero algo vino a entorpecer sus actos.

Este algo fue la coloración verdosa que empezó a inundar la pantalla cósmica, donde, lentamente, fue surgiendo la horrible imagen que Javier ya había visto anteriormente. Ahora, sin embargo, de la pantalla surgió algo parecido a una voz que modulaba sílabas de lenta pronunciación.

—Le doy las gracias, se-ñor O-re-lla-no. Es us-ted -in-te-li-gen-te. No te-ma na-da. Yo me mue-vo en el tiem-po y sé que su fu-tu-ro es-tá a-se-gu-ra-do. Sus com-pa-ñe-ros se re-co-bra-rán pron-to.

Telma, refugiada en los brazos de Javier, miraba horrorizada aquella imagen sobrenatural. Y cuando la pantalla quedó de nuevo a oscuras, ella le miró a él, preguntando, sobrecogida:

—¿Es «Iail»?

—Sí.
—¿Por qué no me ha petrificado a mí también?
—No sé qué decirte, Telma… No lo sé.

* * *

En efecto, Aan Grund, Marcel Huisser y *madame* Debré se recuperaron pocos minutos después, empezando a recobrar la vida lentamente, para luego tener que sentarse, como si el cansancio de sus cuerpos fuese enorme.

En tierra, Aan Grund no podía levantarse. Pero entre Telma y Javier le ayudaron. El primero en recobrar el habla fue Huisser.

—¿Qué nos ha ocurrido?

Javier hubo de hablar largo rato para explicarlo todo, y ya estaba terminando, cuando oyeron un fuerte silbido que le hizo callarse.

—¿Qué es eso? —preguntó, mirando a Telma.

—«Auto-cohetes» militares — musitó Telma—. Creo que se trata de una escuadrilla que está tomando tierra en torno al observatorio.

Javier corrió a una ventana panorámica y descorrió los vidrios opacos, pudiendo ver a más de veinte aparatos siderales posándose entre las pantallas parabólicas, y de los que salían docenas de soldados armados con armas paralizantes y desintegrantes.

—¡Vamos abajo! ¡Algo está ocurriendo! —exclamó Javier, sobresaltado, ante aquel alarde de tropas.

Sin embargo, cuando llegaron abajo, al salón, se encontraron a varios oficiales que entraban en el aposento, después de haber abierto la puerta.

—Por favor — habló uno de los intrusos, que vestía el «grol» verde, característico de los militares de servicio, y llevaba un arma desintegrante en la mano—, quedan todos ustedes arrestados, en nombre de la Junta de Gobierno.

—¿Junta de Gobierno? —preguntó Telma—. Pero ¿acaso no ven ustedes mi Emblema Inviolable de inspector del K.K.I.S.?

—¿Es usted la señorita Tonju? —retrucó el oficial.

—Sí — dijo Telma, altiva.

—Pues no hay error. Le ruego que nos entregue su arma. Está detenida… ¡Y todos ustedes también!

Varios soldados les rodearon, encañonándoles con sus armas.

Telma fue despojada de su pistola insensibilizadora y obligada a caminar hacia el exterior, junto a Javier, Huisser, Grund y *madame* Debré.

En el edificio, se quedó un piquete de soldados, vigilando todas las puertas, mientras los detenidos eran conducidos a uno de los «auto-cohetes» de mayor tamaño y encerrados en una angosta cabina de metálicas paredes, donde apenas podían moverse.

—¿Pueden explicarme qué significa esto? —preguntó Marcel Huisser, al quedar solos y encerrados, mirando a Telma.

—Eso quisiera yo saber. Está sucediendo algo inexplicable. Parece como si se hubiese producido un golpe de estado militar o algo semejante… Eso explicaría la muerte de mi padre, que era un acérrimo defensor de la ley.

—¿Un golpe de estado para destituir a Gaill Phiu? — exclamó Javier.

—Puede que esté relacionado con el caso «OZ-6-X». Quiero decir con «Iail» —habló Telma.

—¡Nos hemos puesto en marcha! —exclamó Grund, de pronto—. ¿Dónde nos llevarán?

—No lo sé —respondió Telma—. Confiemos que todo se arregle pronto.

—Y ¿qué tengo yo que ver con todo esto? —preguntó *madame* Debré—. Todavía no me he recuperado del susto, al entrar en la *chambre* y ver aquella cosa en la pantalla.

—Tranquilícese usted, *madame* —dijo Javier—. Temo que la han traído aquí por error. Mis temores se relacionan sólo con Telma Tonju y yo. Es a nosotros a quienes han detenido. A ustedes sólo les llevan para averiguar la posible relación que hayan tenido en este caso.

En aquél preciso instante, se abrió la puerta de la cabina y el oficial que había practicado el arresto, rodeado por varios soldados armados, apareció, diciendo:

—Señorita Tonju, tenga la bondad de salir.

Telma avanzó a la puerta y salió. Una vez fuera, los soldados la rodearon, llevándola a una cabina circular, en donde había una pantalla fonovisora.

—Siéntese ahí, señorita —ordenó el oficial, indicando un asiento que surgió del suelo, frente a la pantalla visora.

Ella obedeció. Hubo de esperar unos segundos y luego, al iluminarse la pantalla, apareció el rostro del comandante Luvnoff que, como siempre, estaba envuelto en sombras.

—¿Qué tal, señorita Tonju? ¿Cómo se encuentra?

—¿Ha sido usted quien me ha hecho detener?

—Si La guerra cósmica va a estallar de un momento a otro. ¿Lo ignoraba?

Telma quedó boquiabierta, atónita y sorprendida.

—¿La guerra cósmica ha dicho?

—Eso he dicho. Es inevitable. Nuestra Magistratura Suprema ha quedado vacante… Gaill Phiu ha muerto asesinado y las Comisiones se disputan ya el poder supremo. Cumpliendo con mi deber, y ante la actitud adoptada por la Comisión Militar, me he visto obligado a tomar el mando del Departamento de Gobierno.

—¡Comprendo! ¡Eso era lo que usted quería! ¡Y hasta aseguraría que no es usted ajeno a la muerte de Gaill Phiu, anticipándose a los acontecimientos!

—Pues no se equivoca usted mucho, señorita Tonju. Si no me anticipo, tomando el poder, los militares que dirige su padre me habrían ganado la mano… Su padre de usted no está muerto. Fue una añagaza para dejarle libre las manos. Él estaba en Virme, presidiendo la conferencia militar.

—¿Está vivo mi padre? —exclamó Telma, llena de júbilo.

—Sí, pero no lo estará mucho tiempo. Cien divisiones van ahora al encuentro de las legiones siderales. La lucha será a muerte, breve y terminante. Nosotros somos muchos más y ellos serán derrotados. Entonces me consolidaré en el poder y la federación universal podrá verme de cuerpo entero… ¡Voy a ser el rey!

Telma estaba demasiado contenta con la noticia que le había dado Luvnoff para fijarse en la expresión de inmensa egolatría que apareció en el semblante de Luvnoff.

—Entre los cinco jefes de las comisiones más importantes, formaré un quinteto de poderes. Serán mis ministros. Yo mandaré sobre ellos, porque cuento con el apoyo de Udango, Kliowe, Terr y Cornett, los cuatro mejores generales del ejército. Frente a nosotros están sólo su padre de usted y el general Sarto, cuyas legiones dejarán de existir en pocos días.

—¿Me ha hecho venir para decirme esto, señor? —preguntó

Telma.

—Sí… Y para algo más. Hablemos del caso «OZ-6-X». He recibido informes de ciertos hechos prodigiosos. ¿Qué hay de ese emisario cósmico?

Telma sabía que, negarse a confesar, supondría la «lectura de su cerebro». Sólo tenían que sujetarla a un asiento, colocarle un casco registrador y obtener de su mente hasta sus más íntimos secretos. Diciendo la verdad se evitaba el tener que revelar cuestiones íntimas y secretas.

Por esto, como si estuviese delante de su jefe en circunstancias normales, hizo un amplio informe que dejó bastante perplejo a Luvnoff.

—¿Y ese enviado tiene que aparecerse ante mí?

—preguntó Luvnoff sorprendido.

—Ignoro las intenciones de «xak». Dijo eso, pero no sé lo que entiende él por nuestro gobierno. Quizás esté un poco confuso ante el sesgo que toman los acontecimientos.

—¿Dónde está ese individuo? — preguntó Luvnoff.

—No lo sé. Y es cierto. Se fue en medio de una cegadora explosión. A lo mejor —Telma sonrió, con intención de zaherir al otro—, entiende que el gobierno legal es el que representa mi padre y ha ido a tratar con él.

»Le advierto, Luvnoff, que con el poder de «Iail» al lado de la justicia, está usted perdido.

—¡Tu padre y la corte de rebeldes que lleve consigo desaparecerá mañana mismo! ¡Nadie puede oponerse a las bombas de rutenio que he dirigido hacia ellos!

—¿Eso ha hecho, inmundo loco? —gritó Telma, poniéndose en pie de un salto—. ¿Hasta dónde llega su ceguera? ¡No comprende que va a desquiciar todo el sistema solar!

—Sé muy bien lo que hago. Un grupo de científicos colabora conmigo en esto. Destruiremos la escuadra que protege a tu abominable padre.

—¡Dios no lo permitirá! ¡Ha de ser usted aniquilado!

—Eso ya lo veremos. Pero, si yo sucumbo, conmigo morirán muchos millones como tú… ¡Vosotros sois mis rehenes!

* * *

Apenas había regresado a su encierro, el «auto-cohete» militar llegó a su destino. Nada más descender por la rampa móvil, Telma comprendió que estaban en el «Satélite Azul», donde reinaba una gran actividad.

Sin muchos miramientos, todos los detenidos fueron llevados a una cabina de comunicaciones y transportados, a través de campos y túneles magnéticos, a una vasta sala en donde habían unas veinte mil personas, todas vistiendo el «grol» negro y el escudo de los funcionarios del gobierno. También habían allí algunos militares, muy pocos, y los comentarios de todos no podían ser más disparatados.

La creencia más generalizada era que la Comisión Militar había dado un golpe de estado, asesinando a Gaill Phiu y haciéndose con el poder. Hasta se decía que el vice-mariscal Tonju, nombrado Magistrado Supremo por el ejército, no había muerto y que estaba, con el general Sarto, dirigiendo la revolución.

Telma explicó la verdad a todo el que quiso escucharle.

Pero los ríos de prisioneros eran cada vez mayores. Las cabinas irán arrojando en aquella vasta sala más y más personas. Casi todos eran funcionarios oficiales, pero habían también empleados civiles.

Javier Orellano permanecía junto a Telma. Huisser y Grund pronto se perdieron en medio de aquella multitud, buscando información que nadie poseía.

De aquel modo, Javier y Telma quedaron un tanto aislados, buscando un rincón donde poder sentarse.

—Esto parece un antiguo campo de concentración — comentó Javier, preocupado—. ¿Qué crees que hará Luvnoff con nosotros?

—Retenernos aquí como rehenes. Somos su seguridad. Mi padre no se atreverá a destruir el «Satélite Azul» sabiendo que estamos aquí. A Luvnoff no le importa si somos inocentes o culpables. Sólo quiere rehenes. Y eso demuestra que no está muy seguro.

—Si hubiese modo de llegar hasta Luvnoff. ¿Dónde estará?

—Nadie conoce exactamente las comunicaciones interiores del «Satélite». Nosotros, los del K.K.I.S., que éramos los que más entrábamos y salíamos, sólo conocíamos el aeródromo exterior y la rampa de acceso. Luego las cabinas nos llevaban de un lado a otro.

—¿Dirigidas siempre desde una oficina central de comunicaciones? —preguntó Javier.

—Sí.

—¡Telma, amiga mía! —exclamó, de pronto, alguien, saliendo de entre la gente y acercándose a la pareja.

—¡Hans Schultz! ¿Tú también aquí?

—Sí, ya ves. El jefe cree que soy poco adicto. ¿Sabes lo que está ocurriendo?

—A medias. ¿Y tú?

—No con claridad. Luvnoff nos la ha jugado. Se había confabulado con unos cuantos tipos siniestros… Lon Snyder fue muerto delante de mí y tuve la osadía de decir que aquello no me gustaba. Me faltó muy poco para no correr la misma suerte. Los otros del K.K.I.S. están todos con Luvnoff.

—Si tiene éxito su rebelión, serán los nuevos amos — dijo Javier, dándose un golpe en la mano, con rabia—. Daría algo por poder salir de aquí.

Telma se volvió a mirar a Javier, sonriéndole con simpatía… Y su sonrisa se heló en los labios al ver que Javier Orellano empezaba a esfumarse rápidamente, hasta desaparecer por completo, como volatilizándose en el aire.

—¡Por los cuernos de un gurko! —barbotó Hans

Schultz, pegando un brinco y poniéndose en pie—. ¿Qué le pasa a éste…?

—¡Ha de ser «Iail», Hans! ¡Contra su poder, Luvnoff no podrá hacerle nada! ¡Esto quiere decir que está dispuesto a prestarnos ayuda en agradecimiento a lo que Javier hizo por él! ¡Estamos salvados!

Algunas personas más presenciaron el increíble prodigio de la desaparición de Javier Orellano, y todos querían saber, indagar, preguntar. Telma y Hans Schultz, abrumados, hubieron de escapar, aprovechando el tumulto que se había armado, y, casualmente, se encontraron con Aan Grund, quien preguntó a Telma:

—¿Qué ocurre, señorita Tonju? ¡Dicen que ha desaparecido un hombre junto a usted!

—Sí, Grund —contestó ella—. Ha sido Javier Orellano… Y tengo la esperanza de que resultará un bien para todos nosotros.

—¿El científico de «Oublo»?

—¿Quién, si no? —retrucó Telma, sonriendo.

—Confiemos en que haga algo por nosotros. Se rumorea que no

van a darnos ni píldoras alimenticias y que moriremos todos aquí de inanición y hambre.

—Antes de que eso ocurra, mi padre nos habrá rescatado —dijo Telma, convencida de sus palabras

Capítulo VIII

De súbito, Javier Orellano se encontró sobre un escollo rocoso, cerca de un impresionante acantilado, en un paraje marítimo, donde las olas batían bravamente las rocas.

Al mirar en derredor, a pocos metros vio una figura «humanoide». Era el «xak». Y más allá, entre las rocas, estaba su «ekia», abierta y mostrando la oquedad en donde se había refugiado el «xak» al irse de la Base Experimental de Ouallene.

—Bien venido seas, Javier Orellano —habló el «xak», con voz lenta—. Mi amo, el señor «Oublo», me ordena llamarte porque las circunstancias así lo aconsejan. En vuestro gobierno ha habido modificaciones y mi presentación ha sido demorada.

»«Iail» confía en ti, por la ayuda que nos has prestado y quiere pedirte consejo. Él no entiende mucho de asuntos de gobierno en este sistema solar tan distante de «Oublo». Él no me ha enviado con ansias de dominio, sino de embajador técnico y cultural. Ése fue el fin de nuestro proyecto. Esperábamos encontrar un sistema regido por el orden y la justicia, pero nos hemos equivocado.

—Ha estallado una rebelión —dijo Javier, tristemente—. Han asesinado a nuestro jefe y ahora dos bandos se proponen conseguir el poder de la Suprema Magistratura.

—Sois una raza primitiva, Javier Orellano. Y eso no dice mucho en vuestro favor. ¿Cómo pueden suceder estas cosas?

—Hay ambición desmedida en muchos hombres.

—La ambición es inicua. Si vosotros os dejáis dominar por los impulsos, mi misión entre vosotros será estéril y habré de regresar a «Oublo» sin haber podido anunciaros lo que pensaba «Iail». Eso sería funesto para vosotros.

»Debo decirte que «Iail» es el único superviviente de una raza que habita «Oublo» desde hace cientos de millones de años. El origen de esa raza es casi como el vuestro. Pero ellos llegaron

muchísimo antes a la vida y ahora se están acabando.

»«Iail» se propone, a través mío, legar a vuestros sabios toda la ciencia de «Oublo», que es infinitamente más superior que la vuestra. Él sabe que dentro de unos milenios desaparecerá y no quiere que se pierda todo cuanto han logrado desentrañar de la naturaleza.

»Con ese fin, y a través de mí, ha establecido este contacto que tanto puede beneficiaros a todos, puesto que las intenciones de «Iail» son altruistas. Pero, si tu raza no merece la herencia de los «oublos», habré de intentar el regreso a mi mundo de origen y correr el riesgo de desaparecer en alguna tempestad cósmica. El enlace se romperá y jamás volveréis a saber de «Iail».

—No debes hacer esto, «xak» —replicó Javier—. Creo que, con vuestro poder, es posible restaurar el orden en este sistema… ¡Hay que arreglar la situación y podemos hacerlo! Una vez hecha la paz y castigados los culpables, presentarás tu embajada a mi gobierno y ganaremos un gran bien para todos.

—Tus semejantes se disponen a exterminarse en los espacios siderales. Sé que miles de naves, armadas con proyectiles de rutenio, van a entrar en combate.

—¿Y no puedes tú evitar eso? —preguntó Javier.

—Sí, naturalmente, puedo. Pero ignoro de qué lado están la justicia y la razón.

—Yo te lo diré… ¡Y que Dios me perdone si me equivoco! El traidor es el comandante Luvnoff, jefe que ha sido hasta ahora del organismo policíaco y de represión cívica. Ese sujeto es un intrigante maldito que, amparándose en el poder conferido a su cargo, ha hecho matar al anciano magistrado, para usurparle el puesto.

—Pero otro militar conspiraba también… El vice-mariscal Tonju —replicó el «xak»—. Sé que ese hombre intrigaba antes de que Luvnoff diera el golpe de estado.

—Oye, «xak». Si has podido traerme desde el «Satélite Azul», ¿por qué no traes aquí a esos dos hombres y los enfrentamos uno al otro, hasta averiguar la verdad?

—¿Crees que así solucionaríamos algo? — preguntó el «xak».

—Sí. Hazlos venir y yo hablaré con ellos.

—De acuerdo. Intentemos esa fórmula. Tú conoces mejor que yo

la mentalidad de tus semejantes.

* * *

Aparecieron los dos hombres a un tiempo. Uno frente a otro. Y ambos quedaron aturdidos ante el prodigio. A la derecha de Javier estaba el comandante Luvnoff, un tarado físico, con piernas y brazos de articulación mecánica, porque su sangre, ciento por ciento impura, no había aceptado los injertos médicos.

Vestía un «grol» negro y se había despojado del emblema blanco del K.K.I.S. Sus labios echaban esputo de rabia y sus ojos parecían despedir llamas.

El vice-mariscal Tonju, alto, erguido, noble y bien parecido, estaba con los brazos cruzados ante su rival.

—¿Qué significa esto? —exclamó Tonju, levantando la voz para hacerse oír por encima del bravo oleaje.

—¿Qué arte diabólico me ha traído aquí? — rugió Luvnoff, pretendiendo abrir la funda de su pistola insensibilizadora, pero sin conseguirlo, gracias al poder del «xak» que estaba detrás de Javier.

—No es arte diabólico, conspirador — habló Javier, con dureza —. Hay que llamarlo ciencia, aunque sea desconocida para nosotros.

—¿Y por qué delante de este traidor? —preguntó Luvnoff.

El vice-mariscal Tonju alzó la mano derecha, como si quisiera aplastar a su adversario, pero no pudo bajarla. Sólo pudo mover desesperadamente la cabeza, diciendo:

—Que cese este poder oculto y déjenme aplastar a este gusano asesino.

—No le hemos hecho venir para que luchen entre sí, como rufianes —dijo Javier—. Se trata de que cada uno exponga las razones que han motivado sus actos. Nosotros, con ayuda de «Iail», juzgaremos y decidiremos de parte de quién está la justicia y la razón. Según parece, ambos se han rebelado contra la autoridad legal.

—¡He tenido que hacerlo porque estaba enterado de un complot para la muerte de Gaill Phiu! —exclamó el vice-mariscal Tonju—. Yo no quiero el poder para mí. Conozco mi deber y sé que debe proteger al universo de las intrigas tiránicas de este cobarde.

—Y ¿por qué soy yo el cobarde? —preguntó Luvnoff, que

continuaba parpadeando a consecuencias de la radiante luz del sol, a la que no estaba acostumbrado—. Mi deber es mantener el orden. Soy el jefe de la K.K.I.S., en donde trabaja su hija de usted, vice-mariscal. Debe conocer nuestras reglas. Cuando el estado peligre, nosotros tomamos el mando civil.

—¡Y usted ha ordenado la muerte de Galli Phiu! — acusó Tonju.

—Era necesario. Los médicos de la Comisión Científica mantenían al Magistrado Supremo con vida mientras se preparaban para usurpar el mando. Era un golpe que se debía evitar. El poder en manos de científicos sería ruinoso.

—¿Por qué? —preguntó Javier—. ¡Más sabe la ciencia que un tipo ignorante, intrigante y repulsivo como usted!

—¡Yo estoy así por culpa de la ciencia! — se defendió Luvnoff—. Sufrí un accidente, cuando prestaba mis servicios como oficial del K.K.I.S. Merecía una, recompensa, y la Comisión científica me dio brazos y piernas de metal, alegando que mi sangre no era propia para injertos.

»Los científicos siempre han odiado al K.K.I.S. porque les hemos obligado a estar sometidos a nosotros por exigencias de nuestra labor. ¡Fue por odio que me hicieron esto! ¿Iba a permitir que Chevres se hiciera con el mando? ¡Habríamos tenido que soportar cientos de vejámenes! ¡Estoy seguro que habrían utilizado nuestros cuerpos para experiencias pseudo-médicas!

—Eso es una aberración monstruosa — replicó Tonju—. Usted es un resentido. Creyó que los médicos y científicos preparaban el golpe de estado, porque siempre ha estado usted pensando en lo mismo. Sabemos que ha pasado años enteros en un despacho, rodeado de aisladores telementales para que nadie pudiera leer sus pensamientos. Ese era el motivo de no mostrarse con luz ante nadie. Temía que sus planes pudieran descubrirse.

»Pero yo estaba informado por el capitán Lon Snyder, que es un agente militar infiltrado en su sección. ¡Y usted lo ha descubierto, matándole! ¡Usted ha hecho asesinar al Magistrado Supremo y detener a miles de personas, para impedir que destruyamos el «Satélite Azul»! ¡Y sé que tiene allí incluso a mi hija!

»Pero, por mucho que pretenda alardear usted de fuerza y poder, nosotros tenemos las legiones siderales y las divisiones de Udango, Kliowe, Terr y Cornett… Y usted ha estado haciendo creer a unos

cuantos ignorantes que el ejército le es fiel. ¡Falso, embustero!

Luvnoff intentó saltar contra Tonju, pero la fuerza misteriosa que les había traído hasta allí seguía actuando y le contuvo.

—¡Y no me importa que mueran unas miles de personas, si libro a la humanidad de un reptil venenoso como usted! —siguió diciendo el vice-mariscal Tonju—. Señor…

—Me llamo Javier Orellano —dijo Javier, dignamente—. Éste es un hombre artificial, enviado por la ciencia de un hombre situado en un mundo remoto. Nos valemos de esa ciencia para traerles a ustedes aquí.

»Queremos dilucidar quién ha actuado con justicia.

—¡Yo! —gritó Luvnoff—. Para impedir que el estado caiga en poder de una tiranía militar, me he visto obligado a anticiparme. He hecho matar a Gaill Phiu, porque su vida se acababa. Además sabía que Tonju había ido a Urano a confabularse con su cómplice, el general Sarto.

»Hicieron creer a todos que Tonju había muerto en accidente sideral. Pero sólo se proponían burlar nuestra vigilancia y reunirse en la Luna con varios generales. ¿No es eso un completo, señor Orellano?

—Eso parece… Y parece también que tanto usted como el vice-mariscal Tonju conocían de antemano los movimientos del otro. No han hecho más que precipitar los acontecimientos… ¡Pero usted, Luvnoff, según creo, ha actuado ruin y cobardemente, matando!

»Y el asesinato de un Magistrado Supremo está severamente castigado.

Diciendo esto, Javier se volvió al «xak» y formuló el siguiente pensamiento, sabiendo que el otro se lo captaría:

—El culpable es Luvnoff. Él se ha rebelado y matado, encerrando a miles de hombres y mujeres en una sala, como rehenes, para protegerse tras las espaldas de ellos.

»El vice-mariscal Tonju no ha hecho más que reunir el ejército y mantenerse en guardia.

—Las naves siderales del ejército caerán sobre los rebeldes y los aplastarán —respondió el «xak»—. ¿No es eso guerra?

—Tú puedes evitar eso. Demos nuestro apoyo al vicemariscal. Él no nos defraudará. No quiere el poder para sí. Sólo se propone mantener la ley y el orden.

—Está bien, Javier Orellano. Tú conoces mejor a tus semejantes. Actúa, pues.

* * *

—Ahí tiene usted al comandante Luvnoff, vice-mariscal —dijo Javier, serenamente—. Está a su merced. Haga con él lo que crea conveniente.

—¿Me propone usted, acaso, que le arroje al mar?

—Eso quedará en su conciencia. Yo creo que usted no es un asesino, como él. Yo, por mediación de «Iail», y visto y oído a los dos, creo en su rebelión. Sé que no se aprovechará usted de ella ni la utilizará en su favor. Espero que no me decepcione.

—Es usted un hombre extraño, Orellano. ¿Quién es? ¿De dónde ha salido?

—Se sorprendería usted si le digo que apenas soy nadie y que tuve la osadía de poner mis ojos en su preciosa hija Telma —confesó Javier.

—¿Conoce usted a mi hija? —Ahora el sorprendido fue Tonju—. ¿Cómo es eso posible?

—En el observatorio radioastronómico de Pico de Aneto recibimos un curioso mensaje. Hubimos de informar a la Comisión científica y el K.K.I.S. envió a su hija de usted. Evidentemente, Luvnoff se proponía hacerla fracasar para obligarla a presentar su dimisión.

—Entiendo, Orellano. ¿Dónde está Telma ahora?

—Detenida, con veinte o treinta mil personas, en una gran nave del «Satélite Azul», de donde el poder de «Iail» me ha sacado para venir a este lugar.

—¿Quién es «Iail»? —preguntó Tonju.

Javier hubo de explicar todo lo ocurrido al vice-mariscal, quien escuchó absorto y preocupado. El comandante Luvnoff, entretanto, dominado por el poder magnético del «xak», estaba inmóvil, como una estatua, escuchando.

Al terminar Javier, Tonju dijo:

—Desde luego, instauraré la democracia y será nombrado de nuevo Magistrado Supremo, Orellano. Si está usted dispuesto a serlo, tiene todo mi apoyo.

—¡Oh, no, vice-mariscal! Yo prefiero regresar a mis montañas.

—¿Quiere usted a mi hija?

—Sí, señor.

—Pues por la memoria de mi esposa, Telma será suya. No creo que exista nadie con más merecimientos que usted… Eso, naturalmente, en el caso de que ella le acepte.

—Telma me dijo que, si dejaba de ser funcionaría… Bueno, temía esa posibilidad. Y yo… La verdad, no quisiera causarle tan grave prejuicio por mi egoísmo.

—El amor no es un egoísmo, Orellano — respondió el vice-mariscal, dignamente—. Claro que en vista de lo que está haciendo usted por la causa de la justicia, podemos otorgarle una licencia especial a mi hija. De todas formas, ya hablaremos de esto a su debido tiempo. Ahora interesa saber lo que hacemos con este hombre. No quiero ser yo quien le juzgue.

—Podemos llevarle a su cuartel general. A cambio de su vida, ordenará el alto a sus cómplices. Hay que detener la revolución y evitar el derramamiento de sangre.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —preguntó Tonju, mirando en derredor.

—El «xak» nos trasladará. —Javier se volvió a donde estaba el silencioso «roboide» y añadió—: El vice-mariscal Tonju desea volver con su estado mayor y quiere que Luvnoff vaya con él, como prisionero.

—Correcto. Si tú crees que eso es lo justo…

—Lo es —asintió Javier—. Yo volveré con los rehenes al «Satélite».

—Tengo otra idea mejor —intervino Tonju—. Usted puede ir al despacho de Luvnoff y, desde aquellas sombras, con el poder de los controles de él, sofocar la rebelión y maniatar a los rebeldes… ¡Le confío el mando del K.K.I.S. provisionalmente!

—¿Y voy a ser el jefe de Telma? —se sonrió Javier.

—Exactamente.

—De acuerdo.

* * *

Javier se encontró, súbitamente, sentado detrás de una mesa, con un foco de luz sobre el rostro. Un interfono sobre la mesa zumbaba insistentemente.

Javier conectó el fonovisor y vio un rostro desconocido en la pantalla.

—Pero… ¿Y el general Luvnoff? —exclamó el hombre, al ver a Javier—. ¿Quién es usted?

—Soy el nuevo jefe del K.K.I.S. Y usted, ¿quién es?

—¡Nos han traicionado! ¡Nos han vendido! —exclamó la imagen, en la pantalla, antes de apagarse y quedarse a oscuras.

Javier se puso entonces en pie y buscó los conmutadores de la luz. Después de haber pulsado varios, se dio cuenta de que un conmutador, poco usado, era el que daba luz al despacho. Lo presionó y, en efecto, se encontró en una sala amplia, cuyo techo y paredes estaban cubiertos de singulares antenas magnéticas y antimagnéticas.

Estudiando una hoja de «fibrex» que halló en un cajón, se familiarizó con el circuito de contactos y pudo averiguar también que Luvnoff se había confabulado con los jefes del servicio de Comunicaciones.

Estableciendo contacto con su ayudantía, Klermatt le informó de los nombres de los confabulados.

El inspector Klermatt era un individuo que sabía navegar entre muchas aguas, sin comprometerse nunca. Luvnoff había sido su jefe, pero no le importaba ahora obedecer al hombre que ocupaba el despacho de Luvnoff. Incluso Javier le permitió penetrar en su despacho, gracias a que aún quedaban en Comunicaciones algunos hombres fieles, y cambió impresiones con él.

—La situación es confusa, señor Orellano — habló Klermatt—. Las órdenes emanaban de Luvnoff. Ahora ha cundido el desconcierto y los militares sublevados empiezan a mostrarse indecisos.

—Hay que ordenarles que depongan las armas — dijo Javier, tajante.

—Pero ya hay naves siderales en ruta, dispuestas a entablar combate con las legiones siderales.

—Hay que enviarles un mensaje para que regresen a sus bases a la espera de órdenes. Si no obedecen, serán considerados traidores.

—De acuerdo.

—Y que todos los detenidos vuelvan a sus puestos. Deseo que todo funcione de nuevo como antes en el Departamento de

Gobierno.

—Habrá de dar usted la orden a los cabecillas confabulados… Y si no vienen hacia acá y le degüellan, soy capaz de morderme un ojo. Sin embargo, tengo noticias de que la desaparición de Luvnoff les ha desconcertado. Saben que sin él cundirá el pánico.

—Mejor. No pierda el tiempo, Klermatt. Que los agentes del K.K.I.S. se muevan con celeridad. Curse las órdenes.

—Correcto.

Klermatt salió, dispuesto a obedecer, mientras Javier se quedaba en aquel despacho, efectuando llamadas a control de comunicaciones, prometiendo el perdón a todos, si colaboraban con el restablecimiento del orden. Y su propuesta fue aceptada de inmediato por varios subalternos. Uno de ellos, el ingeniero Hubert, dijo que tenía amarrado a uno de los jefes en su despacho.

—¿Qué hago con él, señor Orellano?

—Retenerle allí hasta que llegue el ejército liberador. El vice-mariscal Tonju tiene que enviar varias astronaves siderales, con tropas de ocupación contra el «Satélite Azul». De ustedes depende que lleguen a tiempo.

—Perfectamente, señor.

Al terminar esta comunicación, otro zumbido llegó hasta los oídos de Javier. Conectó una pantalla multidimensional y se alegró al ver en ella la esbelta figura de Telma Tonju, acompañada del inspector Hans Schultz.

—¡Javier! ¿Qué haces tú ahí? —preguntó Telma, atónita.

—Ocupo el puesto del comandante Luvnoff, a quien tiene detenido tu padre… ¡Anda, Telma, ven pronto y alíviame en este desconcierto! Tu padre me ha nombrado jefe del K.K.I.S.

Unos minutos después, una cabina se abrió y entró Telma, corriendo para ir a echar los brazos al cuello de Javier, quien, por vez primera, tuvo el adorable rostro de su amada junto al suyo y no desaprovechó la oportunidad, besando aquellos labios jugosos, con los que había soñado durante tantos días.

Hans Schultz, carraspeando, se acercó a la pareja y dijo:

—Perdón. Vengo a ponerme a las órdenes de usted. Me han comunicado el cambio de jefe, señor Orellano.

—Hola, Hans. ¿Cómo le va?… Le voy a encomendar una amplia investigación. Necesito los datos de los confabulados del K.K.I.S y

militares que han intervenido. Sólo los responsables más directos. El asesino del Magistrado Supremo, los jefes militares rebeldes… Y abra un expediente judicial.

—Sí, señor — dijo Schultz—. Tomaré cien agentes secundarios para iniciar las pesquisas.

Telma, por su parte, continuaba rodeando el cuello de Javier, sintiéndose la mujer más dichosa del universo.

—Dejaré mi puesto, Javier. Tú puedes seguir aquí…

¡Mi padre tendrá en ti su mejor colaborador! ¡Te quiero con toda mi alma!

—Y yo te idolatro, Telma… ¡Cariño de mi vida!

Capítulo IX

El comandante Luvnoff y ciento treinta de sus cómplices más allegados fueron juzgados en Corte Suprema y sentenciados a trabajos forzados a perpetuidad, en las minas de sal de Júpiter. Por lo tanto, se suponía que jamás se sabría de ellos.

Si resistían seis o siete años en aquel trabajo penoso, podían darse por contentos. La muerte, suplicada a todas horas, habría de ser una liberación.

Sin embargo, durante la Corte Suprema se habló de instaurar la pena de muerte, puesto que el delito había sido magnicidio. Se desestimó esta petición y la sentencia quedó firmada por la corte, en espera de que en las inmediatas elecciones, el Magistrado Supremo elegido confirmase la sentencia.

El vice-mariscal Tonju, fiel a su palabra, en cuanto impuso el orden en la Tierra y los planetas, convocó una Junta Electoral, a la que podían comparecer todos los que se sintieran con ánimos de regir la Suprema Magistratura.

Era el único cargo para el que no se necesitaba más que tener de treinta años para arriba, sin ningún requisito más. No hacía falta poseer título alguno. Y, naturalmente, fueron billones los nombres que se inscribieron para tan altísimo cargo.

Primero se eligieron en las colonias, ciudades y pueblos; luego, cada elegido fue a competir a las capitales de distrito, para luego, los elegidos, ir a competir al Parlamento, de donde saldría el voto decisivo para el Supremo Magistrado.

En aquella ceremonia se utilizaba el antiguo palacio Mundial de Venus, construido para un millón de espectadores, porque podía asistir a la asamblea todo el que tuviese tiempo libre y medios para ello.

Además, debían asistir todos los miembros de la Junta de Gobierno, que formaban un número crecidísimo. Y éstos eran los

que, con clámides escarlatas, sobre los «grols» negros, emitirían su sufragio. Máquinas electrónicas registrarían los votos y darían el título del candidato elegido.

Y no fue casualidad, que la elección, por un número abrumador de votos, cayera sobre el único candidato militar que se había presentado, por África, resultando ser el general Udango, ex jefe de la Base Experimental de Ouallene.

Udango había estado siempre a las órdenes del vice-mariscal Tonju. Luvnoff sólo utilizó el nombre de Udango para crear confusionismo y hacer creer que todo el ejército estaba con él. Cuando se supo la verdad, la gente quiso votar al vice-mariscal Tonju. ¡Pero todos supieron que no se había presentado a las elecciones, fiel a su juramento!

Fue, pues, nombrado Supremo Magistrado, el general Udango. Y la aclamación general rompió bárbamente el silencio del palacio Mundial de Venus durante más de media hora, mientras Udango era investido con los atributos de su cargo y ocupaba el sitial preparado al efecto.

Allí, una vez jurado el cargo, Udango dictó sus primeras sentencias. La primera fue confirmar a la Corte Suprema en su juicio sobre los conspiradores. La sentencia, pues, quedaba en firme y Luvnoff y sus cómplices debían ser enviados a Júpiter.

Otro edicto nombraba a Hans Schultz jefe de la K.K.I.S.

En otro se nombraba a Javier Orellano presidente de la Comisión Científica, en sustitución del profesor Chevres, confabulado y condenado, junto con Luvnoff, a cadena perpetua. Al mismo tiempo, el general Udango leyó un edicto particular, en el que se decía:

—La señorita Telina Tonju queda dispensada de prestar servicio activo en el K.K.I.S., donde ha sido ascendida a capitán, a fin de que pueda contraer matrimonio legal con Javier Orellano. No se establece, con esto, ninguna excepción a la ley, dado el carácter especial del caso.

Se dictaron algunos edictos más, que ya estaban preparados, y se nombró jefe del ejército al mariscal Tonju, ascendido por edictos de su Comisión Militar.

Y luego, ante el silencio universal, Udango alzó la voz para decir:

—Y ahora, cedemos la palabra a un ser extraño, procedente de remotos mundos, que trae un mensaje para todos nosotros… ¡Que hable el enviado del cosmos, «xak» de «Oublos»!

* * *

Un millar de cámaras de televisión 3 D enfocaron desde mil ángulos distintos la cinta móvil ininterrumpidamente hacia el estrado de los oradores, en el centro del palacio Mundial.

En cuanto el nuevo Magistrado Supremo anunció la presencia del extraño visitante, en la puerta de acceso apareció la singular figura del «xak», envuelto en su «grol» negro, con clámide carmesí. La cinta le llevó rápidamente hacia el centro. Cientos de miles de ojos, estaban fijos en él y se hizo un silencio absoluto.

El «xak» llegó hasta la tribuna de los oradores, que era también giratoria, y subió a ella lentamente, situándose ante el enorme micrófono que allí había.

Entre aquella ingente multitud, en un lugar anónimo, entre el público, estaban Telma Tonju y Javier Orellano. Fue éste quien musitó al oído de su prometida:

—Ahora nos transmitirá el mensaje de «Iail». Esto es lo más importante de todo.

—¿Tú crees, Javier?

—Ya lo verás.

En primer lugar, el «xak», que podía ser visto desde todos los ámbitos del inmenso palacio, se inclinó en respetuoso saludo. Luego, se irguió y tomó la palabra, diciendo con voz pausada y lenta:

—Miembros de la Agrupación Universal de razas del sistema solar… ¡Amigos y hermanos! En primer lugar debo deciros que fui constituido hace años para ser utilizado en esta embajada. Mi creador, el sabio «Iail» de «Oublos» está solo en un grupo de mundos semejantes a estos. Es el último descendiente de una poderosa raza que llegó a descubrir los más asombrosos secretos de la naturaleza.

Desde siempre, en «Oublos» se vive cien veces más tiempo que aquí. Se descubrió el secreto de la longevidad, pero no el de la vida eterna, porque eso sólo pertenece al secreto de Dios.

»Y toda la raza de los «oublos» ha ido extinguiéndose hasta sólo

quedar un solo descendiente, que es mi señor «Iail».

»En «Oublos» no existen odios ni rencores. Allí siempre existió el amor y la comprensión entre todos, y unos colaboraron con otros para crear bienestar y progreso.

»Sin embargo, aquellos seres fueron acabándose, porque todo tiene fin en este infinito universo, dado que es preciso la muerte y desaparición de unos para que puedan vivir otros. Esto es comprensión y amor.

»Mi señor sabe que tarde o temprano, él también habrá de abandonar todo cuanto posee, y no es su deseo que la ciencia y la cultura de los «oublos» vuelva a la oscuridad de la nada, habiendo en el universo razas de gran vitalidad, como ésta, que sacaría útil provecho de todos aquellos conocimientos.

»Pues bien. «Iail» me construyó para hacerme venir hasta aquí a ofrecer el legado de su ciencia y su cultura. En el universo hay muchas razas. Unas han evolucionado mucho, otras han degenerado. Existen tribus de animales que antaño fueron seres humanos, inteligentes y racionales, pero que han retrocedido por abulia y desidia. Cien generaciones han bastado para que razas antaño poderosas y altivas, se vean ahora como gusanos arrastrándose por suelos de poderosos mundos.

»«Iail» sabe que esta raza pujante no está perfecta todavía. Pero él tiene grabados de sus más antiguos antepasados y sabe que aquellos seres eran como vosotros sois ahora. Esto quiere decir que entre los humanos y los «oublos» debió existir algún lazo de comunicación.

»Pero aunque no existiera, es el deseo de «Iail» que se establezca contacto con él, por medio de fabulosas fuentes de energía, que él suministrará, para transmitir a vosotros todos los conocimientos por él adquiridos.

»Esto ha de redundar en un grandioso beneficio para todos los habitantes de este sistema. Os permitirá viajar infinitamente más rápido a través del espacio, no tendréis que temer nada de la radiactividad, viviréis progresivamente más tiempo, tendréis más riqueza y más bienestar, ampliaréis vuestra cultura y obtendréis infinidad de ventajas que ahora no puedo enumeraros.

»Y a cambio de esto, «Iail» sólo pretende que enviéis una expedición de hombres y mujeres, de los cuales él velará durante el

gran trayecto, para que lleguen sanos y salvos a «Oublos», donde recibirán en herencia un mundo increíble.

»«Iail» espera vivir aún algunos miles de años. No sabe con exactitud el tiempo que será necesario para que la expedición terrestre llegue hasta él. Yo soy portador de fórmulas exactas de hibernación, para que los expedicionarios yazcan en estado de reposo durante todo el trayecto y recobren su estado actual cuando lleguen allá.

»Estas personas serán el puente establecido entre este mundo y el sistema de «Oublos». Pronto se podrán establecer contactos regulares y los mundos de los que procedo no quedarán desiertos cuando muera «Iail».

»Ésa es su voluntad y eso es lo que he venido a deciros. Ahora, depende de vosotros el que lo aceptéis o no. En caso afirmativo, serán vuestros hombres de ciencia los que habrán de conversar con «Iail», el cual ya ha aprendido vuestra lengua.

»No me queda más que repetir que mi embajada es de progreso científico y técnico para vosotros, en forma de precioso legado que os hace mi señor porque no desea que al extinguirse él, su mundo desaparezca. Vosotros podéis ser los continuadores de la privilegiada raza de los «oublos», señores del cosmos.

Cuando el «xak» terminó su mensaje, una inmensa salva de aplausos llenó el inmenso palacio, extendiéndose a todos los planetas del sistema a través de los múltiples canales de la televisión tridimensional.

Por su parte, al terminar el estruendo, el general Udango, nuevo Magistrado Supremo, dijo:

—Enviado de «Oublos», nuestro Departamento de Gobierno estudiará tu propuesta y se te dará cumplida y satisfactoria respuesta. Yo acabo de tomar el mando y necesito consultar con los técnicos.

»Sólo puedo anticiparte que mi apoyo a tu propuesta será firme y poco ha de valer mi magistratura, si en breve no parte para «Oublos» una expedición con personas voluntarias, para establecer ese contacto que tu señor necesita.

—Gracias, Supremo Magistrado — respondió el «xak»—. Creí que en este sistema sólo había odios y rencores…

* * *

También existía el amor. Y en sus alas, Javier y Telma emprendieron vuelo hacia las montañas pirenaicas en lo que era entonces costumbre prematrimonial de «conocerse a fondo».

Aterrizaron en un paraje nevado. En la grandiosidad y el silencio de aquellas montañas heladas, se abrazaron y besaron, comprendiendo que eran el uno para el otro.

—¿Por qué lado está el observatorio, Javier?

—Por allá. ¿Quieres que hagamos una visita a mis antiguos compañeros? ¡Se alegrarán de vernos!

—Sí, vamos.

Utilizaron el mismo «auto-cohete» que les había llevado hasta allí. En pocos minutos tomaban tierra entre las pantallas parabólicas, al pie de la antena vertical.

Al ruido del «auto-cohete», el profesor Huisser y *madame* Debré salieron a la terraza, quedando gratamente sorprendidos al verles.

—¡Javier! — exclamó Huisser—. ¿Qué trae por aquí al nuevo jefe de la Comisión Científica?

—El deseo de verle, profesor —contestó Javier, mientras se acercaba con Telma agarrada de su mano—. ¿Dónde está Aan?

—Arriba, en la *chambre*, intentando inútilmente establecer contacto con «Iail».

Tanto Javier como Telma soltaron una carcajada.

—Este laboratorio ha quedado totalmente desfasado. Ahora es el «xak» quien nos transmite los mensajes de «Iail»… ¡Y no pueden imaginarse los informes que nos está dando! —explicó Javier, entrando en el edificio que le resultaba tan familiar.

—¿Ya están trabajando en esos informes? —preguntó Huisser.

—Desde hace unos días. He nombrado ciento doce subcomisiones técnicas para clasificar y estudiar esos informes. Vamos a realizar una verdadera revolución científica.

En aquel instante, apareció Aan Grund, al cual Javier no había vuelto a ver desde que fueron encerrados en la gran nave de prisioneros del «Satélite Azul».

Javier sonrió y abrazó a Grund, diciéndole amistosamente:

—¿Qué tal, amigo mío? ¿No decías que Telma no era para mí? Aquí la tienes… Va a ser mi esposa.

—Ha tenido usted una gran suerte, señor.

—¡Aan! ¿Por qué me tratas así?

—¿No es usted el jefe de la Comisión Científica?

—Yo soy Javier y siempre recordaré el tiempo que pasé aquí, contigo y con el profesor. Y no vuelvas a tratarme de ese modo. Hemos venido para estar unos días en la intimidad. Éste fue el lugar de mis sueños y quiero mostrar a Telma los lugares donde solía sentarme a soñar con ella.

—Mereces toda la suerte que tienes, Javier —dijo *madame* Debré, emocionada—. Y si tu prometida me lo permite, le enseñaré mis recetas culinarias.

—¡Claro que se lo permito! —replicó Telma—. Deseo conocer todo lo que es grato a Javier.

—¿Van a quedarse mucho tiempo? —preguntó Huisser.

—Una semana —respondió Javier.

—¡Debemos de celebrarlo! Aan, hemos de salir de caza… Esta noche habrá fiesta en este apartado rincón del mundo.

Alegremente, se pusieron todos a preparar la fiesta. Telma y *madame* Debré fueron a la cocina, mientras que Aan y Javier, con sendos fusiles, salían de caza.

El profesor Huisser se encargó de preparar el salón, para los cinco, arreglando y poniendo orden en todo.

Fuera, Aan dijo a Javier.

—¡Cómo te envidio, Javier! Has logrado todo cuanto ambicionabas. ¡Y tu suerte cambió aquí!

—¿Deseas algo, Aan? —preguntó Javier, sonriente.

—Pues…

—Habla sin rodeos. Puedo darte el puesto que quieras. Te considero un buen amigo y te estoy agradecido.

—¿En serio, Javier?

—En serio.

Aan Grund había sido siempre un pesimista. Pero empezaba a cambiar.

—Si fuese tan amable… ¿Sabes lo que me gustaría?

—¿Qué?

—Un puesto entre los que van a emprender viaje a «Oublos».

—¡Diablos, Aan; no te quedas corto! ¿Sabes cuántas solicitudes tenemos ya y aún no se ha decidido nada?

Aan bajó tristemente los ojos, mirando al suelo.

—Lo sé. Escuché ese informe por televisión. Pero yo creí que tú podrías…

Javier palmoteo la espalda del otro.

—¡Claro que puedo! Y haré más, Aan. Tú vas a ir en esa expedición, te doy mi palabra. Cursa inmediatamente tu solicitud.

—¿De veras, Javier?

—Tienes mi palabra de jefe de la Sección Científica.

Aan Grund estuvo a punto de saltar de alegría.

Fue una cena inolvidable. Javier y Telma comieron, bebieron y bailaron hasta la madrugada. Aan y Huisser estuvieron toda la noche hablando de ciencia y del viaje que Aan había de emprender, lo que consideraba un privilegio excepcional.

Durante un preámbulo en su felicidad con Telma, Javier también ofreció algo a Huisser, preguntándole:

—¿Y usted no me pide nada, profesor?

—¿Y qué voy a pedirte, Javier? Yo tengo todo cuanto deseo. Mi mayor felicidad es la de ver que vosotros sois felices. Yo no he tenido hijos, ni familia. Vosotros habéis sido para mí mis hijos, mis amigos y todo… ¡Os veo felices y eso me hace feliz a mí también!

—Pero yo me marcho y Aan se irá también — dijo Javier—. Usted quedará solo

—*Madame* me hará compañía. Sí, una cosa, Javier. Me gustaría pedirte algo. Ya que pierdo dos buenos hijos, haz que me manden otros dos. Me gustaría que fuesen como vosotros, distintos, impulsivos, para que discutan siempre y yo los reconcilie…

Javier puso la mano sobre el hombro de Huisser.

—Lástima que usted no tenga tiempo para casarse.

Desde la puerta que comunicaba a la cocina, *madame* Debré, agriamente, exclamó:

—Si no se ha casado ha sido porque no ha querido. Más que he hecho para convencerle no lo hará nadie.

Madame Debré estaba enamorada de Marcel Huisser, desde hacía muchos años.

Pero el destino había querido que vivieran siempre juntos, aunque no fuesen marido y mujer.

Telma y Javier optaron por salir a la terraza. Allí, se sentaron, abrazándose y contemplando las estrellas de la noche.

—¿Y nosotros, Telma? — preguntó él.

—Nosotros vamos a ser muy felices. Tenemos todo lo necesario para lograrlo.

—Pienso que mucha felicidad no me hará feliz. Quisiera ser como todos los demás. Tener dificultades y triunfos, tristeza y alegrías, niños y niñas…

Telma se volvió, sonriendo:

—¿Y crees que no vas a tener todo eso? ¿Quieres que te diga una cosa…? El otro día hablé con el «xak». Él me dijo que «Iail» puede viajar en el tiempo y que conoce nuestro futuro.

—¿Y le has preguntado acerca de él?

—Sí… El «xak» se ha sonreído y me ha dicho: «No te preocupes, Telma. «Iail» sabe que Javier Orellano es el hombre que el destino eligió para ti hace muchos miles de años».

Javier se puso serio. Dentro de él había un ingeniero.

—¿Y cómo puede el «xak» saber eso?

—¡Ah, todavía tenéis mucho que descubrir, cariño!

Javier optó por abrazar a su novia. Para él la vida sería lo que el destino quisiera. Jamás se podría descubrir algo para cambiar el destino de las personas.

